



MI ODIO

Habla un periódico liberal del odio que profeso á los clericales. Grande efectivamente es. Si los amara la centésima parte que los odio, no me contentaría con menos que morir por ellos.

Y no es el mío ese odio ciego, que se alimenta de su propia sustancia, crece más al satisfacerse, y no se cansa, ni se extingue; sino el otro, el inteligente, el que razna, se mide, se pesa; el que nace del convencimiento, y recibe inspiraciones de la justicia y excitaciones de la dignidad; odio que la contemplación de la ruina de la patria espolea, la sangre derramada fecundiza, la idea del bien hace fructífero; odio que llega á ser necesario al espíritu, que se confunde con una creencia, que es casi una religión. Ese es el odio que hacia ellos siento.

Sí; el odio mío parece como que resume la protesta de la nación contra los atropellos, iniquidades, latrocinios y asesinatos cometidos por los clericales; y me exalta, cual si hubieran caído sobre mí todas las desventuras que han causado; cual si yo fuera padre de todas las víctimas que han hecho.

Tiene razón ese periódico; los clericales gozan la preferencia de mi odio. ¿Qué la preferencia? Lo acaparan entero. La lucha política me llevó á veces á atacar con rudeza á otros partidos, mas nunca odié á sus hombres.

En cambio, los clericales despiertan más ira en mí antes que después del ataque; siempre creo flojo el golpe que les asesto; nunca me satisface el arma que empleo; la palabra dura que dejo de decirles, esa era la más propia, la que mejor merecían...

Y ese odio es antiguo; data de mi niñez.

Un hombre en la fuerza de su edad, lleno de cicatrices, me refería el maltrato y las persecuciones que sufrió de los realistas en la terrible década del 23 al 33, persecuciones que le obligaron á salir de Sevilla, donde vivía; después me hablaba de los carlistas, continuadores de aquella tradición sangrienta, me describía las acciones á que había asistido, las heroicas defensas de Cenicero, de Burriana, de Gandesa, de cien puntos más; el ataque del puente de Luchana... Al pronunciar el nombre de Esparteiro, ó recitarme sus arengas militares, que de memoria se sabía, balbuceaba de emoción, su voz pardeaba, las lágrimas asomaban á sus ojos reclamando las mías... Yo le escuchaba entre aterrado, admirado y conmovido, y allá en mis adentros, en la encantadora confusión de ideas que pugnan por imponerse en el cerebro del niño, yo me sentía héroe, vengador, al par que brotaba en mi corazón la planta del odio... Aque hombre era mi padre.

¡Qué lejos está ya todo aquello! Lo único que está cerca, al lado, dentro de mí, es el recuerdo de aquellas santas

veladas del hogar... Aún veo aquel semblante noble... Todavía oigo aquella voz entera y varonil... Y me creía indigno de haber tenido tal padre, si aun habiendo ya enterrados una sepultura y la distancia de una vida, no respondiese yo al sentimiento patriótico que dictaba sus palabras, que despertaba su entusiasmo, que empañaba sus ojos. ¡Desventurados los que no hayan tenido un padre así!... ¡Ay! mes los que, habiéndolo tenido, no protestan contra la reacción que escupe hoy sobre su tumba honrada!

A esta circunstancia, la de haber tenido un padre así, se debe indudablemente el que yo, desde que comencé á escribir, hiciera blanco preferente de mis tiros á los clericales, lo mismo en prosa que en verso, en el teatro que en el periódico. Escritor anticlerical; esto es lo que he sido, lo que soy y lo que seré. ¿Republicano? De todo corazón. ¿Liberal? Casi, casi... Pero poniendo siempre aquella mi convicción y esta mi afición al servicio de mi ideal, que es éste; quebrantar, ya que no pueda anularla completamente, la influencia del clero y las órdenes monásticas, á fin de ver si puede hacerse imposible la tercera guerra.

Y este mi propósito se agigantó al buscar datos para escribir los folletos que publiqué bajo el título *Los Crímenes del carlismo*. Cada vez que interrumpía mi tarea, necesitaba hacer un gran esfuerzo mental para convencerme de que no estaba bajo el dominio de una pesadilla horrible; robos, asesinatos, incendios, violaciones, fusilamientos en masa... Todo el programa del fanatismo religioso, cumplido con crueldad refinada, había desfilado ante mis ojos en aquellas horas de trabajo.

Y cuando, ya sereno, me convencía de que era realidad lo que juzgué pesadilla, descargaba mi indignación sobre los liberales, demócratas, y republicanos, culpables por indiferencia, apatía, ó miras interesadas de que el carlismo hubiera vuelto á levantar la cabeza, y me juraba á mí mismo suplir con mi constancia en combatirlo la falta imperdonable cometida por ellos.

Y no por suponer jeso, nunca! que pudiera triunfar, sino por la situación en que España quedaría después de una tercera guerra. Sobre esto de su triunfo, había de realizarse, y verlo yo, y no creería en él.

¡No! Aun contemplando á los carlistas apoderados de toda la península, preparando una horca en cada calle de cada pueblo, mientras las salvas de artillería resonaban en loor suyo y los clérigos cantaban alborozados el *Te Deum* en todas las iglesias, negaría yo que fuese verdad. Y si en algún momento afirmase que era un hecho, sería sólo para poder decir:

«No, no es que han triunfado; es que se han reunido para que los exterminen de una vez aquellos que vienen por allí; los de rostros sombreados por la ira,

voces enronquecidas por la cólera, manos crispadas por el sufrimiento; esos que entonan canciones apocalípticas y piden á la justicia en una hora reparación de las injusticias de muchos siglos; los que al resplandor de las teas semejan arcángeles fieros encargados de terribles venganzas celestes; los que no se paran á recoger el oro que les sale al paso y muerden andando el negro pau que les basta para reponer sus fuerzas quebrantadas en la lucha; los que, acompañados de sus hembras, más encarnizadas que ellos por haber sufrido doble, no temen recibir la muerte con tal de darla.»

Esto decía, en la seguridad de que, como Zaragoza vió en la noche gloriosa del 5 de Marzo rivalizar á sus hijos en combates homéricos al advertir que habían entrado por sorpresa las hordas de Cabañero, yo vería al pueblo alzarse unánime sin plan, sin orden, sin preparación, contra los asesinos de sus padres.

Es muy común echar cuentas y preparar soluciones sin pensar en ese factor que sufre y calla, en ese pueblo que se olvida de sí mismo hasta que la prolongación de las injusticias le obliga á entrar en escena. Los carlistas hacen en esto lo que los demás partidos políticos, creyendo además que tienen al pueblo por que los sigue su escoria. Ya se desengañarán. Sin estar preparado, sin que nadie lo impulse, sin que ninguno lo guíe, el pueblo español se arrojará sobre los clericales, y tardará en triunfar lo que tarde en embestir.

Porque al pueblo le sucederá entonces lo que me ocurre á mí; se olvidará de todo para acordarse sólo de que es anticlerical; y dirá lo que yo digo siempre que toco este punto: «Todo el que sea anticlerical es de los míos, venga de donde viniere y piense como pensare.» Mañana combatiré contra él, si es preciso, pero con armas nobles; con el clericalismo esgrimiré todas; desde el salivazo hasta la punta de la bota, desde el puñal hasta la dinamita. Ser más salvaje que él en nombre de la libertad y de la humanidad, jese, ese es todo mi programa!

Esto demuestra que no hago mi campaña contra el carlismo, suizo del clericalismo, por temor á que pueda triunfar. No; la hago por que el carlismo, más que un peligro, es una deshonra; más que una solución, una vergüenza.

JOSÉ NAKENS

No pierdas las esperanzas de que algún día á los frailes echemos por la ventana.

CONVENTOS-PARQUES

¿No desmentían los clericales á los que decían que los conventos estaban llenos de armas? ¿No trataban de calumniadores á quienes lo propalaban? Pues demuestren ahora que es men-

tira esto que ha dicho Rodrigo Soriano en el Congreso:

«Hace pocos días, con motivo de la revolución en Portugal, una suprema autoridad del Gobierno provisional de aquella República se ha apoderado, como es natural, se ha incautado de documentos, que son auténticos, hallados en conventos de jesuitas. Naturalmente, entre esos documentos había correspondencia de jesuitas portugueses con jesuitas españoles, y se han encontrado interesantes cartas auténticas, de una de las cuales voy a dar lectura a su señoría. Es una carta publicada ya en un periódico de Lisboa que se llama *O Mundo*, y como la carta está firmada por un jesuita, de su puño y letra, y no cabe dudar de su autenticidad, después de enterado de ella dirá su señoría qué medidas de gobierno va a tomar; porque ya no se trata de hablar, ya se trata de un caso concreto, como es el que voy a citar a su señoría. Esta carta es del jesuita portugués José A. Pequito a un compañero suyo del convento de Barro, que está cerca de Lisboa, donde yo he estado hace poco y donde supe la incautación de documentos pertenecientes a esos jesuitas. Está dirigida desde Oña, convento de jesuitas próximo a Burgos, y dice así:

«Año de 1910. Mi reverendo y querido hermano en Cristo P. Nevse: A pesar de mi constante silencio, no estoy tan olvidado de mi «saudoso».....

(Ya sabe su señoría lo que en portugués significa «saudoso», palabra familiar y afectuosa.)

«Padre Neves: como V. R. imaginará, aquí vengo otra vez, después de un año de fatigas científico-filosóficas», etcétera. Lo interesante es esto: «Acerca del estado político de aquí, mucho hay que decir. Además del gran movimiento católico, sobre todo en el Norte del país, y de las innúmeras protestas de los obispos, principalmente del santo cardenal Aguirre, a quien aquí conocí el año pasado, todo parece dar a entender que pronto cesará la tempestad y nos veremos libres de la expulsión. El rey parece haberse desviado...»

Yo no quiero hacer comentarios sobre esto, para no molestar al señor presidente. «La orden sobre la libertad de cultos parece haber sido incluida por la corte de Inglaterra...» Esto también sin comentarios, «El Gobierno hizo una figura ridícula...» Todo esto pertenece a otro orden; lo interesante es lo siguiente: «Los nuestros (habla de los jesuitas), en casi todos nuestros Colegios tienen provisión de armas para lo que sobrevenga. En Madrid, y no sé en qué partes más, tienen los hermanos coadjutores ejercicios de tiro.»

Y no leo más, porque después de este tiro, supongo que su señoría se dará por enterado y yo creo que habrá dado en el blanco.»

Quedamos, pues, por confesión de los mismos jesuitas, en que la gentuza

de los conventos está armada y se ejerce en el tiro al blanco; y que poseen dinamita, según han demostrado los lolyas en Portugal.

Por lo tanto, el día que la Divina Providencia nos proporcione la ocasión de ir a comprobarlo personalmente, secundemos sus justicias miras no dejando ttere con cabeza.

No se trata ya de religión, sino de religiosos feudales dispuestos a exterminar a todo el que se acerque a las guardas donde almacenan el producto de sus rapiñas.

Dise que soy mal gachó,
sabiendo que no me trato
con los ministros de Dios.

El trabajo

«La honrada mano encallecida... Las nobles cicatrices... El trabajo que dignifica... La ociosidad madre de todos los vicios...» ¿De dónde diablos, Juan, habrá sacado todas estas frases falsas y rimbombantes la aristocracia del martillo, la garlopa, la lezna, el azadón y demás instrumentos envilecedores?

¿Cómo ha de ser noble, ni honrado, ni decente el trabajar, cuando precisamente se atribuyen esas cualidades las personas que nunca hicieron nada? Cúttis fino, manos delicadas, pies pequeños, todo esto se considera privilegio de las razas superiores, y esto no se adquiere sino huyendo de toda fatiga.

Mas no hay que buscar argumentos sino en el origen mismo del trabajo.

Dios, la perfección suma, se estuvo mano sobre mano durante una eternidad; ocurriósele, no sé por qué, trabajar un poco, y a los seis días se retiró diciéndole: «ahí queda eso» y tan escarmetado, que no se le ha ocurrido siquiera volver a las andadas. Una y no más.

Creó al hombre a su imagen y semejanza, y para que fuese feliz, ni siquiera le dió a entender que podía distraerse haciendo jaulas de grillos.

Cometió Adán la calaveradilla que todos sabemos; Dios se enfureció, meditó un castigo atroz, y sólo se le ocurrió condenarle a trabajar.

Y cuando él, infinitamente sabio y omnisciente y que además estaba muy incomodado, no pudo inventar cosa más terrible que el trabajo para castigar al hombre, calcula tú lo que significará esa llamada virtud que se guardan bien de practicar las gentes de Iglesia y cuantos laicos están en el secreto de su origen.

Créeme, Juan; por más que calificques de honrado al trabajo, el bello ideal del hombre de todos los tiempos consistió en sustraerse a él, burlándose de la sentencia fulminada por Dios en un momento de disculpable arrebató.

Por lo tanto, no te enorgullezcas de pertenecer a la Orden de Caballeros del Trabajo. —J. N.

UNO DE TANTOS

Se llama el reverendo Francisco Camps, y ha sido limosnero de dos célebres marqueses de Barcelona, y profesor de un colegio de San Vicente de Paul, de donde fué echado por abusos inmorales.

Hará seis ó siete años que se presentó en la calle Mayor de Gracia a socorrer una familia que se hallaba en una grave situación económica, y desde entonces siguió amparándola, estableciéndose con este motivo una gran amistad, que dió por resultado el irse a vivir con ella en calidad de huésped.

El señor Rico y la señora Bonet, que así se apellidaba el matrimonio, tenían dos chicas muy guapas, una de dieciocho años y otra de dieciséis. El cura puso los puntos a ésta, la chifló, y....

Un rico mejicano, pariente de la familia enamoróse de Aldonza (así se llama la interfecta) y la pidió en matrimonio; los padres accedieron, pero la chica... ¡Cualquiera hace competencia a un presbítero apoderado de un corazón femenino!

El pretendiente cayó por fin en la cuenta de lo que ocurría, increpó al cura, dejó de frecuentar la casa, enfermó y trasladóse a Bilbao en casa de unos parientes.....

Comenzaron los padres a desconfiar de la virtud del sacerdote, y más cuando la hija mayor les advirtió que todo el barrio murmuraba de ellos.

Acongojados, y para ver si por deicadeza se marchaba, le indicaron al cura lo de las murmuraciones; él negó que tuviera nada con la chica, y propuso, para justificar su presencia en la casa, dedicarse a enseñarla a tocar el piano. Y al día siguiente se instaló un piano en las habitaciones más retiradas de la casa, en las cuales se pasaban el maestro y la discípula las horas muertas, toca que tocarás.

Pasado algún tiempo, ocurriósele al ministro del Señor buscar un testafarro é indujo a la joven a que le hiciera cara a un muchacho, perteneciente a la Congregación de San Luis Gonzaga, que se enamoró de ella como un predestinado.....

Hará cosa de un año que salió un día de casa la Sra. Bonet, dejando solos a los músicos; volvió al poco rato, entrando con cierto sigilo, y...

Sobre un sofá, y en forma significativa, y contra natura.....

Dispensadme, amados lectores, si no me atrevo a describir la escena... Necesitaría ser cura ó fraile para hacerlo con todos sus pelos y señales.....

La madre puso al cura como es de suponer y lo arrojó de la casa.....

¿Renunció por esto á la chica el ministro del Altísimo? No conocería á la clase el que lo supusiera. Un cura embriagado es terrible.

Sabiendo de que la madre, que es comadrona, tenía establecido su despacho en la calle Mayor de Gracia, alquiló misteriosamente el piso situado encima del suyo, y la joven aprovechaba los momentos en que la madre se iba para echarse en los brazos del presbítero de su corazón.

Pero esto no les satisfacía. Necesitaban verse más á menudo, estar juntos de día y de noche...

Y al efecto, el 7 del mes actual recibió la madre la siguiente carta:

«Querida mamá: Esta noche no me esperéis á cenar ni tampoco á dormir. Me voy á probar fortuna, y lo más triste es que me voy sola, completamente sola. Adiós.—Tu hija, Aldonza.»

Aterrada la madre, lo primero que se le ocurrió fué correr á dar parte á la policía; abrió el cajón de la cómoda para tomar algún dinero, y se encontró sin dos mil pesetas que allí guardaba y sin algunas alhajas y ropas.....

Desesperada, loca, dirigióse al Gobierno Civil, tropezó con el inspector de policía D. Federico de la Cortina, antiguo conocido, y le refirió el hecho; y desde allí corrió en busca de D. José María Barroso, abogado, para que pusiera el hecho en conocimiento de los tribunales.

A la mañana siguiente, el padre de la joven se dirigió al domicilio del cura, y diz que lo encontró algo turbado. Al preguntarle por su hija, díjole que se sossegase, convidóle á comer, anunciándole que pronto llegaría Aldonza, lo que no ocurrió.

Al día siguiente volvió el padre á su casa, y el cura le mostró una carta, auténtica ó simulada de su hija, en la que decía que había pasado la frontera y se encontraba en Francia.

La policía en tanto detuvo al infeliz joven que había hecho de testaferro, lo tuvo encerrado un día en los calabozos del Gobierno Civil y otro en el Palacio de Justicia, desde donde pasó á la Cárcel Modelo. Y menos mal que el juez se convenció al día siguiente de su inocencia y lo puso en libertad.

Yo creo, sin embargo, que los clericales procurarán hacer creer á la justicia que el seductor ha sido él; y que la joven quizás lo sostenga también, por salvar á su adorado tormento negro.

En fin, allá veremos, y Dios sobre todo. Por lo pronto el hecho deja esta enseñanza.

Todo joven que en algo estime su dignidad, debe no hacerle el amor á la mujer que le indique un cura. Ahora, si trata de vivir luego de sus protuberancias, acepte sin vacilar.

Por la feche que mamé te juro que á los frailecos ni un céntimo les daré.

E derecho de la fuerza

¡Loado sea Dios! En todas las cosas, aun en las más absurdas, hay motivos de agradecimiento. A una madre la quitan sus hijos, y no debe incomodarse. A una mujer la condenan á martirio perpetuo con un hombre, y debe conformarse. Todo esto se hace á la mayor gloria del Altísimo. Para obtener una pequeña parcela de bienaventuranza hay que pasar por estas vicisitudes. La captación de los hijos y la instigación á la infelicidad, además, no suponen delito, ni moral ni humano. La primera, porque se hace en nombre de una Junta de damas nobles católicas. Y la segunda, porque el Código, para este caso concreto, no dice nada. Toda la materia delictiva que pudiera existir en este asunto desaparece ante la noble intención que le da vida. ¿No se niegan los hijos con un fin religioso? ¿No se captan menores y se coacciona para propagar la santidad y eficacia del matrimonio canónico? Es indudable. Por esta misma razón, en el delito existe la eximente disculpatoria. La ley, según opina Morlesín, encuentra distingos y variantes en estos asuntos, separándolos de los que cometen los pobres.

En nuestro Código existen delitos semejantes; pero no se trata de los asuntos relacionados con los establecimientos oficiales. Lo que en un particular es delito, en una entidad es legal y justo. Y es justo que sea así para hacer ver al pueblo lo necio que fué creando autoridades. El que retiene un hijo ó el que impone una obligación para devolverlo, delinque; mas su delito se justifica si lo comete para endiosar una institución que se derrumba. El caso que se debate á lo presente no es otro. Esos chicos cuya propiedad se litiga no hacen más que poner de actualidad una cuestión que ya en tiempo de San Agustín apasionaba mucho. ¿Tiene derecho á sus hijos una mujer que no es casada? El santo sostenía y porfiaba que no. Y su idea, viviendo al través de los años, ha encarnado en España. Las madres, aunque tengan inscriptos sus retoños en el Registro civil, no lo son hasta que la Iglesia lo afirma. ¿Por qué? Porque ese derecho, por término medio, produce á los sacerdotes un ingreso anual de ocho millones de pesetas. Y el fin, como sostenía Maquiavelo, disculpa los medios.

Las madres que se creen dueñas del fruto de su amor están equivocadas de medio á medio. ¿En qué ley van á fundamentar su derecho? En las corrientes, porque no sirven para el caso. La Justicia, que las impone tantas obligaciones, no las reconoce autoridad para pedir legalidad. Para que se aplique la ley y se las proteja, hay que crear una nueva, que sirva de garantía contra las demasías de los ricos. Porque, ¿quién cree justo que una madre se incomode porque le roban los hijos? ¿Quién supone que tiene necesidad de verlos, besar-

los y abrazarlos? Nadie. Esas son anti-guallas que no tienen disculpa á lo presente. Y la ley, que no puede comprender estos absurdos, se cruza de brazos y no hace nada. Las madres en estos casos, no deben preocuparse. Robar dos hijos; ¿qué importancia tiene eso? Si se tratara de un portamonedas, menos mal. Pero de hijos... Para éstos se ha creado la Inclusa, y para las madres que aun tienen corazón el manicomio. Y para todos, logrando méritos y honores, las Juntas de damas nobles, que son muy nobles y muy católicas.

ANGEL RODRIGO

Mira si soy buen gitano, que al cura de mi parroquia le he metido un duro malo.

CONSULTA

No podrá usted imaginar, mi querido Nakens, los escrúpulos que he tenido que vencer antes de molestar su tenencia. ¿Puede un humilde diablito importunar al gran Lucifer, al Patriarca de todos los infiernos?

Pero la cosa, mejor dicho, la duda es de tal índole, que bien pudiera excusar mi atrevimiento.

Hela aquí:

Desde muy pequeño vengo leyendo su periódico de rabo á cabo, (invierto el orden de colocación de estos sustantivos, porque, como buen discípulo de usted—perdone la inmodestia—tengo en más el rabo que el cabo.)

Convencido como usted de que mientras no moralicemos el clero no habrá paz moral ni material entre los hombres, siempre que tuve algún *parrodogo* á mi alcance, procuré hacer llegar hasta él algún número de EL MOTIN con el propósito de ver si se enmendaba... y aquí empiezan mis dudas.

Porque demos por hecho que algún curiana corrigió sus defectos ante la lectura del periódico de usted. ¿Qué se consiguió con ello?

Piense usted que esta vida es corta, que la del infierno es larga; que «el que tuvo, siempre etc., etc.», y dígame si no sería una gran responsabilidad para usted que, á los cuatro días de llegar al infierno, volvieran á las andadas los curioides ganados á nuestra causa por EL MOTIN.

Podría objetarse que allá, en el Paraíso de Satán, el ambiente sería hostil á los *parroquidermos* para ejercer la *industria* á la manera como la ejercen por acá; pero de sobra sabemos todos que ni el mismo Lucifer está en el secreto de las *ocurrencias* de los tonsurados para vivir á costa del prójimo.

Mas yo quiero suponer que el sotana incorporado á nuestra causa no vuelve á las andadas; es decir, que apenas llegado á los infiernos, se hace, *de por vida*, ministerial del gobierno de Satanás. ¿Ganaríamos algo tampoco?

Probablemente cundiría el ejemplo,

es decir, que se vendrían hacia el infierno uno tras otro todos los curas, monjas, frailes, etc., etc., y... ¿a dónde irían á parar los vivos hipócritas, jesuitas, histriones, sodomas, invertidos, violadores de niños de ambos sexos, embaucadores, usureros, etc., etc.? Porque sabido es que todas estas gentes no pueden vivir más que entre frailes, monjas y curas.

¿Y quiere decirme usted, Sr. Nakens, lo que sería el infierno el día que lo poblasen todas esas gentes?

Pues que se convertiría en otro cielo al estilo del que padecemos. ¿Y no le horroriza, querido maestro, pensar lo que sería de la humanidad el día que limitase con un cielo por el cénit y con otro por el nadir?

Si con y por la existencia de un solo cielo la humanidad vive infeliz, ¿qué sería el día que la cercasen dos cielos?

Aun, al presente, con un solo cielo por montera, puede uno escurrir el bulto sumiéndose en los alegres abismos del infierno. Pero cubierta la retirada con un cielo por arriba y otro por abajo, ¿dónde ir que no tropezáramos con los mismos que aquí nos malograron la existencia, esto es, con curas, frailes y monjas?

Piénselo usted bien, Sr. Nakens; piénselo usted... y dígame si continúa remitiendo EL MOTIN á los tonsurados que se me pongan á tiro.

Es de usted correligionario invariable,

PEDRO MARTÍNEZ

Realmente no sé ahora qué contestarle á usted, desconocido amigo; si se me ocurre, ya lo haré.

Lo que sí he de decirle, es que su consulta me ha hecho pensar en algo que jamás había pensado: en que debe de haber un sitio especial para archivar por toda la eternidad á frailes y curas.

Al cielo no pueden ir; lo harían completamente inhabitable; las vírgenes y las santas perderían su tranquilidad teniendo á cada instante una asechanza; los ángeles, arcángeles y querubines no sabrían cómo trasladarse de un punto á otro sin dejar al descubierto la espalda; todo santo que tuviera dos pesetas andaría loco pensando dónde las pondría á buen recaudo; en fin, que ni Dios podría vivir en el cielo.

En el infierno tampoco deben entrar; sería ya demasiada crueldad obligar á sus habitantes á codearse en la caldera con gente tan inferior, aparte de que con esos cuerpazos asquerosamente grasientos ensuciarían el aceite, y habría que renovarlo con frecuencia para que no se asfixiaran los infelices condenados, lo cual aumentaría exorbitantemente el presupuesto.

Y no pudiendo ir á ninguno de esos dos puntos, y siendo forzoso que estén en algún sitio, indudablemente debe de haber un lugar donde estén archivados curas y frailes, lugar al que yo, á falta de nombre más apropiado, llamaría *Pocilga Eterna*.

Meditaré, después de haberseme ocurrido esto, en si debo ó no proseguir moralizando á esos señores, y el día que tenga humor para ello, haré público el resultado de mis meditaciones.

Anda y no presumas más, que sabemos que eres hijo del cura de tu lugar.

Rapidez de la vida

La vida humana se parece á un camino cuya salida es un precipicio horroroso; se nos advierte desde el primer paso, pero la ley está pronunciada: es preciso avanzar siempre.

Yo querría volver sobre mis pasos. Mil contratiempos, mil penas nos fatigan y nos inquietan en el camino. ¡Si yo pudiera aún evitar ese precipicio horroroso!

No; es preciso marchar, es preciso correr; tal es la rapidez de los años. Nos consolamos, no obstante, porque de tiempo en tiempo encontramos objetos que nos divierten, las aguas corrientes, las flores fragantes... Querriamos detenernos, y, sin embargo, vemos caer tras de nosotros todo. ¡Fracaso completo! ¡Inevitable ruina!

Nos consolamos porque al pasar nos llevamos algunas flores, que vemos marchitarse entre las manos de la mañana á la tarde, algunos frutos que se pierden y al gustarlos nos resultan amargos. Siempre arrastrando, nos acercamos al abismo horroroso.

Ya todo comienza á borrarse, los jardines son menos floridos, las flores menos brillantes, sus colores menos vivos, las praderas menos rientes, las aguas menos claras...

Todo se marchita, todo se borra...

La sombra de la muerte se presenta y empezamos á sentir la llegada al abismo fatal. Pero es preciso avanzar hacia el borde un paso más...

Ya el terror turba los sentidos, la cabeza voltea, los ojos se extravían... Y es preciso marchar. Se querría volver atrás, mas todo se derrumba á nuestro alrededor, todo se escapa...

Este camino es la vida; el abismo la muerte.

ALFREDO DE MUSSET

Dises que me quieres mucho; si me quisieras, dejaras el trato con los frailucos.

Un libro de Dicenta

Agarren mis lectores los adjetivos encomiásticos que gusten, y pónganlos á continuación, en la seguridad de que estarán bien aplicados.

El libro se titula: *Por Bretaña*, y el siguiente artículo es uno de los trabajos que contiene:

En los dolmens

A las claridades de la luna, son los dolmens, extendidos por la llanura de Karnac, un ejército de fantasmas. El astro pálido espiritualiza la piedra, dándole transparencias de gasa y desdibujos de ilusión.

Desde los límites del horizonte avanzan las moles en largas y espaciadas filas. Envuelto parece cada uno de los dolmens por la vestidura talar del druida; como cabelleras flotan los musgos sobre sus remates; coronas teje la hiedra en torno de ellos. Los cuchicheos del aire suenan á oración; la luna es lámpara del templo; incienso el perfume de las campestres flores, que con las neblinas nocturnas se atomiza en la atmósfera.

El ara, guardada por un semicírculo de fastasmas de piedra, reluce tal que si fuera talla alabastrina. Ilusión de mis ojos es; pero veo sobre las blancuras del ara lineamientos rojizos, rastros de sangre, que una y otra víctima dejaron entre los poros de la roca.

Por obra de esta ilusión, de estos lineamientos rojizos que la ilusión finge contra los barnices del ara, el inmenso escenario puéblase de humanas figuras. Diríase que los esqueletos guardados en el Museo de Karnac se cubrieron de carne y prestaron almas á los espacios infinitos para volver á ser. Todo un pueblo, toda una raza desaparecida, surge de las entrañas armóricas y revive junto á los dolmens el culto de una religión muerta.

Arboles centenarios construyen con el enlace de sus ramas los muros del templo natural. Las ramas ascienden, se encorvan, se persiguen, se traban y se truecan en bóvedas de encaje. Lluvia luminosa son los rayeares de la luna al cernerse por ellas; lluvia pálida, propicia á las fábulas del ensueño.

La bóveda verde se abre en círculo sobre el ara; es un boquete que tiene por fondo el infinito; en su hueco flota la luna bajo un cacho de cielo azul.

Al pie de cada uno de los dolmens se mezcla una familia. En la piedra, toscamente labrada, está impresa su historia. En aquella piedra se rayaron los heroísmos del guerrero, los arrestos del mozo, las ilusiones de la virgen, las experiencias del anciano, los goces y las torturas de la maternidad, los abrazos siniestros de la muerte. El trozo de roca es todo para el humano grupo: crónica, relicario, cuna, antecámara nupcial, panteón, camino espiritual por donde suben las almas á oír el fallo de las divinidades...

Con recogida actitud aguardan las familias el momento del sacrificio: los viejos, acurrucados, caídas las cabezas, los mustios ojos puestos en la tierra que pronto debe reclamarlos; los jóvenes, en pie; los varones apoyándose en el hacha de sílex; las hembras, haciendo velo de sus cabelleras sin trenzar. En rede or del ara, como sueltas flores de amor, aguardan las doncellas, las vírgenes, entonando un himno religioso. Cuatro mozos hercúleos arrastran á los pies del ara á la víctima. ¿Es hombre? ¿Es mujer? Poco importa. Para la divinidad, las víctimas no tienen sexo. Sólo el vapor de la sangre derramada ha de subir hasta ella.

Un grupo de ancianos cruza á lo ancho la nave. De blanquísimas pieles es su vestimenta; los peinados vellones caen como hebras de seda hasta cubrir sus pies desnudos; sus cabellos blancos descienden por cima de los hombros; sus barbas albas se recuestan en las cinturas.

A su frente, coronado de hiedra, marcha el druida, erguido, dominador, majestuoso; sus cabellos le cubren la espalda con un manto de plata, las canas de su barba brillan como rayos de luna. Perdidos están sus ojos en las anchuras del espacio; sus labios se mueven para dialogar con los dioses; su mano diestra empuña el cuchillo sagrado. Todas las criaturas se encorvan ante él; las vírgenes cantan; los viejos corean con sus voces graves el canto de las vírgenes.

El druida llega frente al ara, se inclina sobre la víctima temblorosa y le apoya su mano siniestra en el corazón.

Los cantos cesan; un silencio augusto les sigue; el jadeo de la víctima escúchase distinto; distinto se oye el conjuro del sacerdote; su voz es de timbre extrahumano; su lenguaje, incomprendible para la multitud. Súbito el druida se yergue; la hoia sillexiana reluce en su diestra; un ¡ay! de muerte extremece el silencio, y la sangre chorrea sobre las blancuras del ara... La divinidad está satisfecha. El sacrificio la conservará propicia al pueblo sacrificador; y el pueblo prorrumpie en clamores, mientras el druida estudia las entrañas del moribundo y éste se retuerce en la convulsión última.

Sacrificio cruento, ofrecido á dioses implacables por los sacerdotes de una religión desaparecida, mi fantasía te evoca en las llanuras del Karnac, frente á los dolmens iluminados por las livideces de la luna.

El culto salvaje de un pueblo primitivo acaba de ofrecerse á mis ojos por obra de la imaginación.

Religión muerta ya, todas las religiones vivas maldicen tus horrores, tus in-cruentos sacrificios humanos, tu bárbaro concepto de una divinidad que necesitaba sangre de criaturas para satisfacerse, de un culto que se imponía á las conciencias á golpe de cuchillo.

Todas las religiones vivas maldicen de ti, y sin embargo, religión muerta, si tus druidas resucitaran, ¡cuán fácil les fuera contestar á los sacerdotes de las religiones que maldicen la suya!

A golpe de cuchillo imponían su dios á las conciencias de los hombres los druidas armóricos; sangre humana se ofrecía á los dioses; pero, ¿y las religiones positivas que á ésta sucedieron? ¿Y los sacerdotes de esas religiones? ¿No proclamaron y no hicieron igual? ¿No bañaron con sangre humana el altar de sus dioses? ¿No quisieron imprimir su fe en las conciencias á golpe de cuchillo?

En el romano circo caían los cristianos por desacatar á los dioses gentiles de la Roma dogmática; en la hoguera y en la horca morían á centenares herejes y judíos por negarse á proclamar la católica religión; con arroyos de sangre impusieron el Korán los discípulos de Mahoma; con sangre trataron de imponerse Lutero y Calvino y Zuinglio y los Juanes de Hus y de Leyden... ¡Siempre la sangre, siempre! ¡Siempre el dios bárbaro á quien satisface el martirio!

¡Siempre el terror para hacer rebaños de las humanidades!

Es lógico que ocurra siempre así. Mientras la conciencia humana, libre y única para creer y determinar en cada individuo, quiera por otros individuos reglamentarse, ordenarse, moldearse con arreglo á los dibujos metafísicos de este ó del otro dogma, cambiará de forma el ara dolmenesca, cambiará el traje del druida; pero el cuchillo seguirá enhiesto y las víctimas sangrando en el altar.

JOAQUÍN DICENTA

Karnac.

Deja que la gente diga,
mientras no digan que yo
he y-g o á decir misa.

Canalla canonizable

Hasta qué punto deforma la Iglesia los cerebros y la conciencia, va á decirnoslo D. Adolfo de Castro en su *Historia de los protestantes*.

Refiriéndose á cierto caballero que hubo en Valladolid y que delató á la Inquisición á dos hijas, suyas porque profesaban las ideas de Lutero, dice lo siguiente:

«Este, (el padre) ufano con el castigo de su sangre, mancillada en las opiniones de Lutero, y arrastrado por una frenética demencia, tomó el camino de cierto bosque que le pertenecía para desgajar en él las ramas de los árboles mayores y dividir el tronco de los menos robustos, con el fin de que sirvieran de leña en las hogueras que iban á devorar los cuerpos de sus hijos. Este bárbaro, digno de haber nacido entre caribes, volvió á Valladolid con los despojos que habfa sacado de su bosque y los presentó á los jueces del Santo Oficio.

Estos loaron la grandeza de ánimo de aquel monstruo de ferocidades y fanatismo, y lo pusieron por ejemplo á los nobles y al vulgo, para que su acción hallase imitadores en acrecentamiento y servicio de la fe que imaginaba defender por medio de las llamas.

Aún no satisfecho el caballero con haber cortado la leña que habfa de abrasar el cuerpo de sus hijas, quiso, incitado por las alabanzas de sus amigos, así eclesiásticos como seglares, asombrar aún más á Valladolid convirtiéndose en matador de su propia carne y sangre.

Después de ser enemigo de sí, arrastrando á las mazmorras del Santo Oficio á sus hijas y trayendo los maderos para formar las hogueras, solicitó de los inquisidores el permiso de quemar por su mano en auto público de fe la leña destinada á reducir á cenizas á las tristes doncellas, infelices en tener tales jueces y más infelices todavía en haber conocido á un padre, hombre en las formas, caballero en los dichos, tigre en los sentimientos, ostra en el raciocinio y verdugo en las obras.

Los inquisidores que en el hecho de este bárbaro veían un modelo de esclavos, recibieron benévola mente su demanda, y para exaltación de la fe, publicaron con el son de atabades y trompetas así la solicitud del caballero como el permiso del Santo Oficio.

Las dos desdichadas doncellas murieron en Valladolid el año 1581. El nombre de su padre ha quedado oculto entre las sombras del olvido. Allí lo acompañará eternamente la execración de los buenos.»

Propongo que se averigüe cómo se llamaba ese infame, pa a que lo canonicen, porque seguramente está en el cielo. Quemar á sus hijas por servir á Dios, ¿hay nada más digno de un buen cristiano?

Y digo que seguramente está en el cielo, porque en el Infierno, según acabo de saber, no se admiten canallas de ese calibre.

Cuando se presentó allí Felipe II, fué admitido sin dificultad ninguna; pero al enterarse de que se habfa ofrecido á llevar un haz de leña para quemar á su hijo, si la Inquisición lo hubiese condenado á la hoguera, le arrimó Lucifer un puntapié diciéndole con voz airada: «¡Fuera de aquí, miserable! ¡En esta honrada mansión no se admiten más que pecadores decentes!» Y lo lanzó al espacio, dando orden de que no volviera á admitirse condenados de tan villanos sentimientos.

¿Que por dónde he sabido este incidente? Por el mismo conducto que los curas se enteran de lo que pasa en el cielo, y de si Dios está irritado, y de si la Virgen ha salido de paseo. Pagando bien las confidencias, nunca faltan sopones.

Abujitas y arfileres
no pinchan como un berrendo
que en el púlpito se mete.

Del Penal de Burgos

A LOS INTELLECTUALES

A vosotros, los intelectuales, que con vuestras nobles y valientes plumas protestáis de toda injusticia, á vosotros nos dirigimos un millar de seres afligidos bajo el peso de justa ó injusta condena.

No hace muchos días hubo en este Penal de Burgos una sublevación para derrumbar el poder de una especie de gobierno autócrata, formado por el director, el capellán y el médico, dos ayudantes y trece reclusos; y el resultado de ella fué el que nos proponíamos.

La rebelión se inició, no por ansias de revuelta, sino por necesidad absoluta, pues continuamente, y con cortos intervalos, dicho gobierno (que recibía el nombre de Ronda) cometía crímenes horrendos que quedaban en la impunidad, sin que nada se trasluciera en el exterior.

Los reclusos clamábamos justicia, pero nuestras voces se desvanecían en los fríos muros de este viejo caserón.

Se han denunciado varios asesinatos; pero como las denuncias tenían que pasar irremisiblemente por manos del director, nunca llegaban al Juzgado; y á la lista de crímenes se agregaban varios más, porque los denunciadores eran sa-

caídos por la noche de sus dormitorios, y después de apaleados bárbaramente, llevados á calabozos insanos, sin asistencia facultativa, y, lo que es peor, sin alimento, pues se les condenaba por la Junta Directiva á dos ó tres meses á pan y agua; y al morir, á pesar que la mayoría acababa con el pulmón destrozado ó de hambre, resuaban todos haber su timbido de muerte natural. Una de estas víctimas fué Pedro del Castillo, asesinado brutalemente; y de cuya muerte son cómplice: el director, el médico y el capellán, y autores de sus ayudantes y los trece reclusos de la Ronda.

Una comisión de penados nos entrevistamos con el capellán á raíz del suceso, con la esperanza de que un ministro de Dios no se hujía cómplice de tan vanidico hecho. Le expusimos nuestro desdó, y nos contestó que el muerto no merecía la pena de molestarse por él. Insistimos, pero se resistió á denunciar el hecho.

Entonces, para evitar un castigo injusto, le suplicamos que nada dijese á la Junta Directiva, y nos juró, con la mano puesta sobre los Evangelios, que nada diría; pero al día siguiente fuimos llamados por él y la Ronda en pleno, y nos dijo que aquí, si no bastaba una paliza, se daban dos ó cuatro, y que él, con revólver en mano, sostendría el régimen reinante.

No contenta la Junta Directiva con martirizarnos, nos robaba descaradamente nuestro alimento, pues el único que recibíamos era pan y agua caliente. Además, el poco jornal que en los talleres se gana, nos lo robaban en el Económico, vendiéndonos artículos de tercera calidad con precios de primera, chigándonos á comprar en él, pues nada nos dejaban traer de la calle.

Ahora bien. Hoy, que gracias á nuestros esfuerzos y á las autoridades de Burgos, nos vemos libres de esa banda de vampiros (pues se hallan destituidos provisionalmente todos, excepto el médico y el capellán), es cuando reclamamos vuestra ayuda para que transmitis nuestras voces á todos los rincones de España, á fin de que la Sociedad libre nos ampare y sea indulgente con nosotros; así, los que hoy nos encontramos bajo el peso de una condena, podremos cumplirla y reunirnos mañana con nuestros padres, mujeres é hijos y honrar con nuestra honrada conducta los deitos y hasta los crímenes que pudimos cometer.

(Aquí una firma en representación de todos los penados.)

Si los intelectuales, á quienes se dirige el anterior escrito, respondieran á esta súplica de los penados de Burgos, harían una gran obra de justicia. Porque, créanme; es horroroso lo que ocurre en las cárceles y los presidios de España.

Por mi parte, reanudaré desde hoy la campaña que sostuve en la Cárcel Modelo; y al efecto, ruego á los presos de toda España que me tengan al corrien-

te de cuantas infamias se cometan con ellos, exigiéndolos únicamente que sean verídicos en sus relatos.

Y tengan la seguridad de que, diciéndome siempre la verdad, y uniéndose todos para protestar de los atropellos é injusticias que con ellos se cometan, encontrarán en la opinión el apoyo que necesitan.

A mí se me da muy poco que venga una Iglesia abajo ó se funda un ermitorio.

Telegrama de *El Imparcial*:

Las hojitas de Nakens

Zaragoza 27.—El concejal carlista Rius Casas obligó á dos repartidores de las hojitas de Nakens, que las distribuían en la plaza del Pilar, á que le siguiesen al Gobierno civil. Los repartidores se resistieron á obedecer y esto hizo que tras el concejal y aquéllos marchase gran número de curiosos.

Los grupos se disolvieron sin incidentes en la plaza de la Constitución.

El gobernador envió una de las citadas hojitas al fiscal, acompañada de una comunicación, por si apreciara delito.

Celebro que las *Hojitas* produzcan ese efecto entre la carcerndería. Para eso precisamente se publican.

En la presente semana se pondrá á la venta la segunda de las *Morales*, titulada: *La santa castidad*.

Y siga su curso la procesión.

"La Bandera Federal"

Así se titula el periódico trisemanal que desde 1.º del actual publicará Hilario Palomero, para difundir y «propagar, *verbi et orbe*, dice el prospecto, los hermosos ideales consignados en el Programa de 22 de Junio de 1894 avalados con la firma de aquel gran genio que se llamó en vida F. Pi y Margall.»

Y además «refuza batallas contra todas las comunidades monárquicas y fratricidas, estén ó no concordadas.»

Y «combatirá sin descanso, á los funestos hombres políticos que contribuyeron á deshonar y empobrecer este pueblo.»

Y «mantendrá la más perfecta armonía con el Consejo Nacional del partido y con todos los republicanos (sin excepción alguna); abogará en favor de la más estrecha inteligencia entre las distintas fracciones republicanas y el partido socialista.»

Y «no suscitará polémica alguna con sus correligionarios, ni con sus afines; guardará todas sus energías para combatir á los enemigos del pueblo y á los farsantes y ambiciosos políticos, que por desgracia anidan aún, dentro del republicanismo español, y llegará á desennascanarlos, si fuera preciso, para que el pueblo pueda contemplar su ri-

dicula desnudez, y los anhelos que abrigan los taes salimbancuís.»

«*La Bandera Federal* tendrá abierta constantemente una sección en sus columnas, para que la honrada clase trabajadora pueda exponer con toda honra y libertad, cuantas reclamaciones necesiten hacer públicas todos los que trabajan, sufren y no comen.»

«Y se honrará mucho también, insertando en sus columnas todos los avisos y noticias que envíen á la Redacción las entidades socialistas y republicanas, sin excepción alguna, y además existirá tribuna libre, para que puedan exponer su pensamiento todos los hombres de ideas altruistas y progresivas.»

Todo esto se ofrece en el Prospecto; y de que se cumplirá, nos lo garantiza la energía y la consecuencia del fundador y director, Hilario Palomero.

La suscripción al periódico costará 0,75 céntimos de peseta al mes en Madrid, y 2,50 el trimestre en provincias; y los 25 ejemplares para la venta, 75 céntimos.

El alma

Para darte al rey de la Creación una superioridad sobre los demás seres de la fauna, era preciso inventar *un a go* que llenase los depósitos de su vanidad, sin lo cual hubiera aparecido tristemente igualado al último ser de las especies inferiores. El hombre no tolera esa baja nivelación, y por tanto es necesario *embutirle* en el cuerpo *alguna cosa* que le muestre ó le haga determinar el límite donde él empieza y terminan los demás animales.

Satisfecha la ridícula pasión de su vanidad, bastóle que se le dijera que *tiene un alma* que los demás seres no tienen, para inflar sus *fatuidades*, nunca bastante repletas.

Pero, veamos, ¿Qué es el alma?

La definición que nos dan todos los teólogos, concuerda admirablemente con la disararada que saben dar del *espíritu*. No es posible hacer entrar en la razón una *idea* que, por la misma naturaleza que se le supone, la lógica la rechaza y no se siente con fuerza para absorberla.

El alma es una sustancia desconocida, una fuerza secreta distinta del cuerpo, un espíritu del cual no se tiene ninguna idea.

En buena lógica, esto se llama sencillamente una monstruosidad. *No se tiene idea alguna* de tal *alma*, y, sin embargo, se pretende combatirla con el cuerpo material del ser que vive y se mueve.

Cómo se realiza este amasijo de espíritu-alma y cuerpo-materia, es para ellos un *misterio*; he ahí el recurso llamado de la escapatoria por la tangente.

No lo saben; es un misterio; es inexplicable; es inconcebible; pero debe ser así: no hay más explicación. ¿No basta las explicaciones que da la teología para

definir sus misterios? Pues no hay otras, y el que da lo que tiene no está obligado á más.

Pero el científico, que no admite un fenómeno sin entrar á investigar la causa, tanto más cuanto es menos posible el efecto, no se conforma con argumentos metafísicos, y busca y quiere argumentos que no se contradigan, que no se destruyan los unos á los otros, y que se vea por lo menos que la relación de causa y efecto sostiene y afirma una hipótesis, cualquiera que ella sea.

Decir que el alma es una *sustancia* distinta del cuerpo, equivale á decir que no puede tener ninguna relación con él; decir que el alma es de una esencia diferente al cuerpo, es confesar implícitamente que por esa esencia distinta que se la atribuye, se vería obligada á obrar de una manera distinta á la del cuerpo.

Dos sustancias de propiedades distintas no pueden obrar de una misma manera sin alterar el orden de los efectos físicos de la naturaleza: esto es más evidente que un axioma: la física más rudimentaria lo ha sabido observar, al paso que la teología moderna lo ignora ó finge ignorarlo.

¿Quién ha visto su alma? Nadie. Por otra parte, si el alma puede combinarse con el cuerpo, ¿quién rige el movimiento en el organismo? ¿El alma? Entonces los órganos son inservibles. ¿El cuerpo? Luego el alma sobra en el organismo. ¿Los dos en una estrecha y rara combinación? Se desprende fácilmente, por lógica sencilla, que muerto el cuerpo el alma también se extinguiría, lo que contraría el imposible fenómeno de la *inmortalidad*.

No hay escapatoria. El alma es una quimera inventada para amenguar la materialidad de la existencia y hacer que los hombres sufran la lucha de la vida con más resignación; pero esto no quiere decir que la ciencia deba aceptarla como un efecto positivo, y menos aún que los teólogos se valgan de medio tan infame para aterrorizar á la ignorancia, y, llamándose directores de su alma, absolverle el fruto de todos sus sacrificios, haciendo más horrible la existencia del hombre y obligándole á matarse para mantenerse y mantener á los arrendadores del cielo á tanto por día.

El *alma*, pues, es la más refinada muestra de barbarie científica que pueda imaginarse, y el *alma inmortal* es la reunión de todas las groserías más voluminosas que puedan reunirse desde que hizo el hombre su aparición sobre este desdichado planeta, tantas veces desdichado como teólogos ha mantenido hasta hoy.

X

SUCESOS

COsas DE ÁNGELES

En Begoña, ciudadanos, ha ocurrido este suceso:

Juzgando, acaso, excesivas las delicias del convento, una joven enclaustrada toma las de Villadiego, arrojándose á la calle desde las tapias del huerto.

Una monja la persigue, y nuestra joven, huyendo, en el desván de una casa se oculta. Un guardia ó sereno la saca de aquel desván para volverla al convento. Se arremolinan curiosos, protesta, indignado, el pueblo, y al fin se ponen en marcha.

Al ver un puente, de nuevo la joven quiere arrojarle por él; le frustran su intento, y todos, por fin, acuerdan llevarla á su hogar paterno.

Por lo dicho, tiene poca novedad este suceso.

Uno de tantos que ocurren y nadie se fija en ellos; una joven fugitiva y la visión de un convento, desengañando las almas y atormentando los cuerpos. Total, nada; una futesa, un detallito pequeño.

Mas, si á lo dicho se añade que son seis, en poco tiempo, las fugadas de ese mismo claustro, renunciando al cielo, y que á ese monil refugio, á ese admirable convento se le llama (de los Angeles! ¿No habrá, lectores, derecho, á preguntarnos siquiera de qué ángeles serán esos, ya que la Historia sagrada dice que hay malos y buenos, y las enclaustradas huyen por no convivir con ellos?

CONFLICTOS RACIONALES

A un hombre que robó un pan en Vitoria, le han cogido, le han juzgado y le han metido en la cárcel, por truhán.

Y á otro hombre que de hambre ha muerto, en la corte, sobre un poyo, con un trapo le han cubierto y le han metido en el hoyo.

¿Qué es, pues, lo que debe hacer, un hombre sin vacilar? ¿Ir al robo por comer, ó morir por no robar?

Yo reservo mi opinión ante la humana estulticia... ¡Sólo el dios Caraléon ss libra de la justicia!

Pero ante esos dos sucesos tan macabros y elocuentes, ante esos dos hombres, presos en celdas tan diferentes, comprendo que hay providencia y sus designios alabo... Atadme ¡oh Dios! en conciencia; esas moscas por el rabol

EMILIO NAVARRO

Barcelona.

CAIN Y ABEL

«También ha sido ocurrencia la de aquel obrero, disfrazarse de cura para trabajar!»

Esto se decían las gentes de la Coruña al ver á un ciudadano de sotana y

teja ganándose el pan en las obras del adoquinado de la avenida de Juana de Vega.

Mas al fijarse, se convencían de que se habían engañado, pues aquel hombre era efectivamente un cura: D. José Nieto.

Y entonces las gentes se indignaban y vociferaban y pronunciaban un nombre, aplicándole los insultos más depresivos: el de D. Víctor Cortiella.

¿Quién es este señor? Un canónigo, cuya fama de borracho y mujeriego es inmensa, y del que se dice que ha rapado muchas jóvenes de sus casas y que en cierta ocasión abofeteó en plena calle á una tal Juanita, denigrándola de paso con frases de plazuela.

Señor que goza de gran influencia en Madrid, que emplea en hacer cuanto se le antoja y en molestar y perseguir á quien se le mete entre ceja y ceja; y que una de sus víctimas es el presbítero D. José Nieto, á quien persigue con saña inaudita, no se sabe por qué, logrando que se le quiten las licencias.

Y como el infeliz no cuenta con otros medios de vivir y tiene á su madre enferma, se vió precisado para llevarle pan á solicitar el auxilio de las sociedades obreras, quiénes le dieron un volante para trabajar en las obras del adoquinado.

Al enterarse el canónigo de lo que ocurría, fué en busca del contratista, que debe ser un hombre poco serio, de escaso meollo, ó bacinescamente clerical, y consiguió que le dijese al Sr. Nieto que sería despedido si no se quitaba el traje talar, como efectivamente lo fué, por haberse negado á ello.

La prensa decente, es decir, la no clerical, protesta de la persecución infame, llegando *La Voz del obrero* á calificar de asesino á ese modelo fusilable de ministros del Señor, llamado Cortiella.

Tenemos por lo tanto parodiada aquí la leyenda de los dos primeros hermanos, según la Biblia: el más fuerte reventó al débil.

Pero como esto es tan frecuente entre las gentes de Iglesia, basta con relatar el hecho.

LIBRO NUEVO

Espejo moral de clérigos

para que los malos se espanten y los buenos perseveren,

Ó SEA

RECOPILACIÓN ESCOGIDA

DE LOS CÉLEBRES Y ODRIFICOS

Manojos de flores místicas

PUBLICADOS EN "EL MOTIN"

POR

JOSÉ NAKENS

UNA PESETA

COSAS QUE HE DICHO

Después de confesar que por la lucha legal no vendrá la República, hay quien dice que conviene ir á ella porque ayuda á contarnos, el régimen monárquico se desacredita al apelar para vencernos á ciertos medios y el país se viene con nosotros.

La eterna muletilla para disculpar apetitos electorales. ¡Contarnos! ¿Es que acaso no lo hemos hecho ya muchas veces?

Si para intentar algo necesitáramos reunir un número determinado de correligionarios, un millón, por ejemplo, se comprendería ese afán de que interviniese la aritmética en nuestras decisiones. Mas no siendo así ¿para qué?

Lo del descrédito del régimen tiene gracia. ¿Es que no lo está ya bastante?

El argumento de que así el país se vendrá con nosotros, es cándido. Lo que se dirá, es esto: «¿Qué valdrán los republicanos, cuando, siendo tantos, no derriban un régimen tan desacreditado y tan podrido?»

No hay, por lo tanto, que buscar disculpas al apetito electorero. Dígase sencillamente: «queremos ser diputados ó concejales para figurar, tarolear ó alcanzar provechos», y en paz. Todo, menos suponernos tan mentecatos que vayamos á creer que ciertos hombres se sacrifican por amor á los ideales.—1905.

¿Por qué condenar ninguna ambición, siendo legítima? ¿Por qué cortar alas, si pueden elevar muy alto?

Caiga y húndase lo pequeño, así esté en el puesto culminante, y álcese lo grande, así se halle en lo más hondo. A lo único que debemos tender es á que no se eleve la ineptitud, ó á que descienda, si por azar se ha elevado.

La democracia debe ser el reinado de los mejores.—1896.

Un empleado de Gobernación se ha propuesto llevar la estadística de incendios, robos, descarrilamientos, alteraciones de orden público, huelgas, fugas de presidio y cárceles, extradiciones, etcétera.

No tendrá tiempo ni para dormir.

Respeto las tentativas generosas, pero compadezco á quienes acometen empresas irrealizables.—1882.

He culpado al pueblo por su indiferencia ante la catástrofe colonial, y sospecho que he sido injusto.

¿Qué le resta ya que perder, habiendo perdido sus hijos en la manigua, y estando en la miseria?

De ahí su indiferente pasividad. Convencido de que defendería intereses ajenos con cualquiera actitud que tomase, no siendo la revolucionaria, para la cual no lo han puesto en condiciones,

ve llegar los sucesos sin sentir esa cólera santa que tantas veces le ha salvado. ¿La sentirá algún día? De eso dependen la honra y el porvenir de España.—1900.

En el palacio de Aranjuez han asesinado á un centinela.

Después de muchas averiguaciones, se supo que había sido un cura.

Pero un cura que estaba loco, y que no ha hecho en su locura sino lo que sus colegas cuerdos hicieron en la pasada guerra civil: matar á todo soldado que se les ponía á tiro.—1891.

Si algún día, republicanos, alcanzámos al poder, hagamos en los primeros instantes todo aquello que esté en nuestra mano, y la mayor parte de lo que creamos que no está; la audacia es garantía de éxito en tales casos. Reforma aplazada, reforma muerta; y reforma muerta, aumento de fuerza para los contrarios. Así, no dejemos para mañana lo que podamos hacer hoy, ni nos fiemos de palabras pomposas ni ofrecimientos entusiastas.

Lo que se hace hecho queda, y la mejor manera de vencer á los enemigos es cortarles la retirada derribando cuanto les sirvió para la defensa.

Además de que, aun poniéndonos en lo peor, vale más morir de plétora que de anemia; caer por haber dado un salto grande, que sucumbir por falta de movimiento, inspirando compasión á unos y risa á otros.—1891.

Una señora (no católica, claro es) ha donado 50.000 duros para una de las bibliotecas populares de Nueva York.

Un caballero, Lipton (no católico, por supuesto) ha donado de primera intención 50.000 libras esterlinas, ó sea 250.090 duros, para uno de los muchos comedores económicos que en Inglaterra existen, ofreciendo entregar más cantidades según vayan estableciéndose otros de la misma índole.

Aquí, toda señora ó todo caballero que al morir dispone de algo, se lo deja a los frailes ó á los curas.

Así están Inglaterra y los Estados Unidos de civilizados y prósperos, y España de salvaje y pobre.

Donde el catolicismo impera el pueblo perece.—1900.

Yo creo y he creído siempre que, para poder triunfar de la monarquía, tenemos que triunfar antes de nosotros mismos, aminorando, suprimiendo ó desterrando usos y prácticas que nos quitan seriedad y nos restan prestigio.

Lo primero que debemos hacer, es bajarnos del tripode. Y no abusar del lenguaje enfático y del estilo altisonante. Y suprimir amenazas de repertorio. Y no dar por muerta á la monarquía en cuanto ganamos unos puestos de concejal. Y, en fin, que humanizarnos, vivir la vida de todos, parecernos á los de-

más sin ser como ellos, é imitar menos al protagonista de la pieza comica *El maestro de escuela*; aquel que cuando un chico se equivocaba en los exámenes mandaba tocar la música para que no se le oyese, que es lo que solemos hacer nosotros; echarlo todo á barato cuando no sabemos por dónde salir.

El creernos una casta aparte, nos ha hecho incurrir en graves errores. Y hay que desengañarnos: somos españoles, con todos los defectos de nuestros compatriotas, si bien con menos responsabilidades directas en la ruina de España, y, por lo tanto, con más autoridad para regenerarla. Lo cual ya es mucho.

El día que nos convenzamos de esto y obremos en consecuencia, habremos dado un gran paso para que se nos crea capaces de realizar cuanto ofrecemos.

Comprendo que en los partidos populares hay que abusar algo de la hipérbole; pero no tanto, no tanto... Esto de vivir siempre en trágico, llama á voces al ridículo.

Y el ridículo es un disolvente terrible.—1905.

Los conservadores opinan que no debe abolirse la pena de muerte mientras haya criminales.

Por esta vez estoy conforme con ellos.

No debe suprimirse hasta un año después que tengamos nosotros la sartén por el mango, y hayamos limpiado legalmente de conservadores el país.—1884

La República está en la atmósfera; se la aspira, se la respira. Monárquicos y republicanos coincidimos en esto: en que el régimen imperante no puede salvar al país. Y, sin embargo, la monarquía sigue. ¿Por qué?

Porque todo el mundo teme, más que á la expansión natural é inevitable de los primeros momentos, á la falta de previsión, tacto y energía de los hombres á cuyas manos iría á parar fatalmente el poder.

Por esto hay ahora que destrozarnos políticamente, menguarles la influencia, demostrar que no sirven, y que no estorbarán mañana. El último ensayo, (el de 1903) ha acabado de convencernos de que esos señores sólo son aptos para formar un Consejo de Ancianos, á quienes consultar en los casos difíciles, en la seguridad de acertar... haciendo lo contrario de lo que aconsejen.

¡Plaza á los que nada han s do! ¡Peso á la gente nueva! ¡Lugar para los jóvenes que al nacer á la vida política buscan orientación, y se van, contra sus inclinaciones, á la monarquía, porque al mirar á nuestro campo lo ven todo triste, sin vida, sin calor, y con unas cuantas esfinges á la entrada diciéndoles con aire solemnemente ridículo: «Nosotros somos... los que somos.»

¡Abajo la dalmática y la casulla!... Hay que vestirse á la moda y con telas corrientes.—1905.

Un periódico conservador copia de una proclama nihilista: «No es delito robar al Tesoro,» y se escandaliza.

Hombre, no hay de qué. Después de seis años de dominación conservadora, esa frase es ya entre nosotros un aforismo indiscutible.—1882.

No sabemos prescindir de la santa rutina.

La minoría republicana promete al constituirse las Cámaras respetar las instituciones, é inmediatamente explica el voto, declarando que no las respetará.

Debería suprimirse la explicación del voto, no ya sólo por innecesaria, sino por ridícula.

Y es innecesaria, porque nadie queda moralmente obligado á cumplir lo que se le fuerza á ejecutar.

Y es ridícula, porque resulta así, en el hecho de haberse llevado tantos años afirmando en todas las Cortes nuevas que no se respetarán las instituciones y respetándolas en la práctica. ¡Qué más respeto que el de no procurar derribarlas!

Pero, nada. Hay que salvar el formulismo, aunque parezcan la lógica y el sentido común.—1901.

Un periódico se burla de la Federación de Trabajadores, porque á uno de sus individuos le han encontrado un documento con faltas ortográficas.

Es desconsolador que la canalla sea tan ignorante; pudiera llegar un día, si sus criminales delirios se realizaran, que llevase á algún conservador á la orca, sin h, y sería una incorrección de mal gusto.—1883.

El célebre gimnasta Leotard, muerto recientemente, deja á su hijo una renta de 20.000 duros.

Buena suma para ganada dando saltos; pero aquí no nos admiramos de eso.

Hay políticos que en menos saltos han ganado más.—1881.

Asegura *El Siglo Futuro* que los criminales no oyen misa.

Al contrario. Siempre han sido aficionados los criminales á acogerse á sagrado. Y sobre todo, ni el uno por mil ha dejado de recibir el agua regeneradora del bautismo.

Y anda mais. Todos los que ahorcan confiesan y comulgan.—1881.

Uno de los elefantes del rey de Bangkok se ha vuelto repentinamente loco, habiendo apastado á cinco de sus sirvientes; pero como el animal es sagrado no ha podido matársele, y se han limitado á rodearle de una empalizada, bendecida por el gran sacerdote, y que él sedignó hacer pedazos poco antes de morir.

La enfermedad de este curioso santo se ha atribuido á una mala voluntad de su servidumbre; pero como no se ha

podido descubrir al verdadero culpable, el soberano de Siam ha decidido decapitar á todos los sirvientes del piquidermo. La sentencia se ha cumplido religiosamente, siendo ejecutados treinta.

Todas las cosas relacionadas con la religión, sea cual fuere, reviste idénticos caracteres en todos los países.—1882.

Si; hablemos de par en par. ¿Para qué seguir mintiendo ó engañándonos?

España es republicana en su mayoría, y entre los mismos monárquicos hay ya muchos convencidos de que sólo la República puede resolver los grandes problemas planteados.

¿Por qué entonces no viene? Porque no inspiran confianza los hombres llamados á gobernarla en los primeros instantes.

¿Es que valen los monárquicos más? No. Pero tienen el poder, la costumbre de ejercerlo y la máquina funcionando; cuentan con más recursos de toda clase que nosotros, y, por consiguiente, con más medios de mantener su influencia.

Además, las gentes imparciales y desasionadas se preguntan: «¿Dónde están los hombres capaces de acometer la gran obra encomendada á la República?»

Y miran á un lado y á otro, y ¿para qué adularnos?, no los ven. Y de aquí sus indecisiones, sus recelos... Y de aquí el fenómeno de un país republicano gobernado por la monarquía.—1905.

El rey de Dahomé, siguiendo tradicional costumbre, ha mandado degollar á 1.200 de sus más fieles súbditos, en celebración de la fiesta llamada *Grande*.

¿De sus más fieles súbditos?

Estos reyes salvajes tienen á lo mejor golpes de ingenio y de talento maravillosos.—1882.

Quiénes son más culpables, ¿los gobiernos que á la situación en que estamos nos han traído, ó quienes se lo hemos tolerado?

Indudablemente nosotros. Sin eminencias republicanas incapaces, no habrían podido sucederse durante treinta años gobiernos inmorales. Y sin pueblo que las corease, no habrían podido subsistir esas eminencias un trimestre.

A oposiciones cobardes, gobiernos desalentados.—1906.

Nunca envidié nada ni á nadie, por crearme capaz de realizarlo todo.

Mas hoy, lo confieso humildemente, envidio á los oficiales del noble ejército español que formaron el Consejo de guerra en Gerona para fallar la causa de los oficiales de la reserva de Santa Coloma de Farnés, y compartiría orgulloso con ellos la pena de dos meses de arresto que les ha sido impuesta á cada uno, por no haber sentenciado á muerte al comandante Ferrándiz y al teniente Vellés.

Ir á la prisión con la frente alta, estar

en ella con tranquilidad, dejarla con gloria, y saber que hay millares de millares de españoles que tendrían á gran honra estrechar nuestra mano, es para despertar envidia en cualquiera.—1884.

El puchero electoral es el amo de España. Lo mismo lo veneran y le rinden culto ya los conservadores, que los liberales, que los republicanos, que los socialistas. Las últimas elecciones lo han comprobado.

¿Que se necesita aquí entonces?

Un hombre que, seguro de ser secundado por el pueblo y el ejército, alce el garrote y rompa el cacharro.—1905.

Un sobrino de un maestro del Hospicio de Ganaña ha maltratado brutalmente á un alumno.

¡Miserable! Si tenía esos instintos, ¿por qué no se metió fraile?—1883.

Al dar cuenta un periódico liberal de la última salida de Weyler en Cuba, dice: «El cielo proteja á nuestros soldados y á sus caudillos.»

¿El cielo? Arreglados estarían.

¡Los Mauser, los Mauser!... ¡Y las bayonetas! ¡Y los machetes! ¡Y los cañones! ¡Y los sables! ¡Y las lanzas!

A todos los que hablan de la protección del cielo, los mandaría yo á la manigua, y los colocaría desarmados, con veinte escapularios al cuello, frente á los insurrectos.

Para que aprendieran á admirar y honrar el valor de nuestros soldados, pobres víctimas de ajenos errores.—1897.

Actualmente se entretienen en la república del Ecuador en expulsar frailes.

Ocupación simpática, civilizadora, higiénica y productiva.

¿Cuándo ¡ay! la tomaremos aquí?—1897.

Dícese que tal empeño han puesto los clericales en que apareciese que Becerra había muerto dentro del catolicismo, que hasta Pidal escribió á Sagasta para que infuyera en que se representase la comedia.

Pero, Señor, ¡qué empeño en llevarse nuestros muertos! ¿No les basta con los suyos?

Aunque me lo explico. Quieren hacer creer que pertenecen á los suyos las personas decentes de talento.—1897.

Por robar de un monte dos pedazos de madera, tasados en ¡60 céntimos! de peseta, es decir, dos palillos de dientes casi, ha sido procesado, embargado y condenado á dos meses de arresto un vecino de Segovia.

Así; duro en esos terribles criminales que atentan contra la propiedad, una de las virtudes teológicas de las gentes que se enriquecen robando.—1881.

JOSÉ NAKENS

EL TRABAJO DE PENSAR

Estudio polémico y apologético

CONFERENCIA DADA EN PREMIÁ DE MAR
EL 11 DE NOVIEMBRE DE 1910

Tema: El Trabajo de pensar. El Dogma
es la huelga forzosa del pensamiento.

Ofrenda al pueblo

Hijo del pueblo ínfimo y trabajador, y delegado vuestro en el estudio de los problemas que persiguen al alma humana, de grandes y de chicos, vuelvo á vosotros después de mi larga excursión para presentaros la cosecha de mi trabajo. Como yo he llegado á concebir estas ideas teniendo el mismo cerebro que vosotros, así vosotros sabréis concebirlas si yo acierto á expresarlas en términos inteligibles y claros para la familia popular. Yo me esforzaré en ello, como vosotros os esforzáis en atender, para que no resulte perdida mi tarea ni resulte perdido vuestro tiempo.

Vamos á hablar del Trabajo de pensar, que los no pensadores creen liviano y estéril pa-atempo; y tengo empeño en que mi pueblo, que es mi familia, aprecie en su justo precio estos conceptos trascendentes y altamente educadores y sanadores del espíritu para poder hablar y hacer justicia á estos forjadores de ideas en la fábrica de la ciencia.

El símbolo del Pensamiento

He dicho *trabajo de pensar*. Cuanto voy á deciros se halla admirablemente expresado por la estatua del pensador *Le Penseur*, que se halla en el atrio del Panteón de Hombres Ilustres de Francia. En él se ven los músculos todos del cuerpo en una tensión extraordinaria, como si todos los nervios sorbiesen hambrientos la energía de todos los miembros para encauzarla hacia el cerebro; la contemplación de aquel esfuerzo hace sufrir; aquel hombre está ejecutando un trabajo enorme: *piensa*.

Otro artista catalán, Estany, ha querido interpretar el *primer pensamiento* del Hombre en un monumento cuyo boceto he admirado con entusiasmo. El grupo principal fórmalo una pareja: el hombre piensa y la mujer sueña. Este grupo, exhibido en la Exposición de Madrid, famosa ya en el mundo artístico por sus fallos disparatados, correrá probablemente la suerte de aquel cuadro de Zuluaga, que no mereció siquiera una mención honorífica del competentísimo jurado madrileño y que llevó gran premio en el Salón de París. Lo cual (y hablo en serio) no significa que nuestros críticos de arte necesiten unos cuantos garlopazos críticos, sino que significa lo contrario, á saber: que el ministro de Bellas Artes de Francia comete la gran injusticia de no llevarse de profesores á nuestros jurados, los cuales enseñarían á los franceses los defectos de los cuadros de Zuluaga que allá no supieron ver. Y además prueba esto que si un *suspense* en Madrid lleva el sobresaliente en París, no hay en el mundo premio bastante para realzar el mérito de nuestros sobresalientes de real orden. Por esta razón Zuluaga cuen-

ta maravillas de España y de sus críticos, como las contaba Sarasate, como las contaba Manuel García y como las cuentan los *suspenses* de real orden.

El Pensamiento y la Fantasía

Si no oís hablar más del pensador de Estany, no os sorprenda. Lo que debiera sorprendernos sería lo contrario. Su monumento es gigantesco. El hombre piensa y la mujer sueña recostada sobre la espalda del hombre. El ensueño y el pensamiento se funden en la visión del progreso futuro que los hijos de aquel primer pensador irían realizando con el ejercicio de este gran trabajo del Pensamiento.

Vosotros, ancianos, sabéis lo fatigoso del trabajo de pensar. El padre *piensa* mientras los hijos se divierten. El marido piensa mientras la esposa sueña. El día que en una casa falta el *pensador*, el sucesor sabe bien pronto lo pesado de este trabajo. «He de pensar mucho...» es la frase que señala la gran tarea. «No tiene necesidad de pensar» es la frase que expresa el paraíso de la dicha.

La obra del Pensamiento

¿Qué es, pues, este pensamiento? «Destello de la mente divina» llámabale el poeta David. Es la gran arma del hombre. En su organismo débil, delicado, pesado y hecho á propósito para haber de sopor ar los ataques de todas las fieras, el *pensamiento* ha sido el que le ha hecho domador de todas ellas y el que ha exterminado las rebeldes. El pensamiento ha hecho la débil mano del hombre avasalladora de las garras del león con sólo añadir un mazo á la mano. El ha escarmentado al águila y al buitre voladores, que se burlaban de su impotencia para perseguirles, dando alas al odio y á la piedra, más veloz que el águila y que hería al buitre arrogante en su huida.

El pensamiento es el que ha fecundado el trabajo, el que ha humanizado el planeta y el que lo ha convertido en morada del hombre. En todos los órdenes, físico, moral, estético y político, él es quien ha enseñado á abrir carreteras que libran de tropiezos nuestros pasos y que hiciesen vadeables los ríos; él es quien ha levantado ciudades y fabricado casas y hallado ventanas que le dejen poner la luz que necesita, para librarse de la intemperie que le daña; él es quien ha plantado jardines y ha estirpado la cizaña y ha cultivado las plantas útiles y ha dado sazón á las frutas; él es quien ha descubierto las leyes y atesorado doctrinas, el que ha hecho sensibles y comunicables las ideas ocultas del cerebro y ha hecho inmortales en el escrito y en el lenguaje las fugaces fantasías de los mortales; él es el que le ha enseñado á desprenderse de la tierra donde vegetaba la humanidad para mecerse sobre las aguas de los mares y para columpiarse en los aires; él es el que ha hecho al endeble, pesado é indefenso hombre, más fuerte que el león, más poderoso que el elefante, más veloz que el ave, más filarmónico que el pájaro.

Del primer pensamiento de arrancar el arbusto y de apartar la piedra con que tropezaba en su camino, nacieron las carreteras que surcan el globo; del primer pensamiento sobre las virtudes médicas de la planta, nacieron la Medicina y la Farmacia; del primer pen-

samiento de sociedad racional, nacieron los Estados y la civilización que multiplica el trabajo con la unión y el orden; de la utilización del primer instrumento, surgieron las ciencias mecánicas.

El Pensamiento es la rebeldía al mal

¿Qué es, pues, el pensamiento?

No he visto la definición exacta en los economistas; yo me lo he definido para mí y os presento esta definición: *el pensamiento es la lucha contra el mal*; la rebeldía humana contra el mal y el esfuerzo y aspiración constante hacia el Bien.

El vencido no piensa, ni lucha; se deja llevar del brazo enemigo. El resignado es el vencido, que sólo trata de adaptarse al mal, supliendo con la paciencia y doblegamiento de la voluntad la repugnancia del dolor. Por esto, pueblo que no se rebela, sucumbe á todos los males y es víctima del mal creciente. Un abismo llama á otro abismo. La educación aquí es como en todas las cosas: convierte en facultades los defectos por una especie de aberración del instinto moral, y con el cultivo las desarrolla hasta el máximo de la capacidad humana. Esta es, en resumen, la teoría de la obediencia, virtud suprema de la Iglesia. Cerrar los ojos para no ver el mal, someterse á él y adaptarse á él dándole perpetuidad y haciéndolo eterno en la progenie, contaminándolo una generación á otra como herencia de sangre y *dejarse llevar* como cadáver, ora por el decantado Dedo de la Providencia divina, irresponsable de todo crimen é inajudiciable por la justicia, tan pronto predicado infinitamente justo y razonable, tan pronto presentado como omnipotente arbitrario inexcusable en sus razones de justicia que pide al hombre ser adorado como justo, ocultándole la justicia tras la arbitrariedad inasequible al juicio humano, sin ver el absurdo de que si apela al juicio del hombre para ser adorado en la justicia y en el bien, con ello se somete á ser juzgado en la injusticia y en el mal.

Ataxia mental

La educación hace de la obediencia y de la sumisión un acto que degenera en hábito cultivado por la escuela para producir el *pueblo sometido y resignado* á todos los males, dispuesto á morir sin saber por qué muere.

En esta doctrina se halla un fondo de *inconsciencia inmoral* que es preciso descubrir con toda claridad y poner de manifiesto en toda su repugnancia. Bábase en dos errores: la ignorancia del mal vencible y la ignorancia de la fuerza vencedora del hombre.

El Dios-Mal

Aquí entramos de lleno en el estudio de su dogma fundamental; ella ha consagrado el mal; ella lo ha declarado inviolable, santo, divino, omnipotente é invencible; ella hálo atribuido á Dios como acto de justicia. Desde el momento en que el hombre cree que el mal viene de Dios, ¿á qué luchar contra el mal impuesto y sostenido por el brazo omnipotente? Si *Dios es el mal*, y el mal es su manifestación y revelación, no hay más que someterse, so pena de dar locamente de cabeza en la

roca de su omnipotencia para estrellarse.

He aquí la divinización del mal: peses, epidemias, sequías, deformidades, asiones, injusticias, desigualdad social, tiranías, despotismos, escándalos, todo es cosa de Dios; *todo poder es de Dios*. «Yo soy el autor del Bien y del Mal», dice en uno de sus profetas. ¿A qué luchar contra la enfermedad el enfermo, si es Dios el que le hace enfermar? ¿A qué luchar contra la tiranía el primido, si Dios ha puesto al tirano para oprimir y al otro para soportar la presión?

La Tierra, Paraíso de Dios y destierro para el hombre

¡Desgraciada humanidad si hubiese aceptado de lleno estas doctrinas! Sus consecuencias lógicas las hemos visto en los que las aceptaron sin reserva. Las injusticias y vicios sociales producían el santo misántropo, que huía de la sociedad humana como de un infierno de demonios, y se iba a morar entre las bestias del monte. La injusticia de la vida y el dolor de vivir habían dado al planeta aspecto de destierro para el hombre, que, cansado de sufrir, se negaba a vivir en él, emigrando a otros mejores mundos del espíritu, en espera de aquella prometida emigración de los cuerpos, cuyo embarque ha de tener lugar en Josafat, y en cual expedición los hombres que fueron comidos de otros hombres habrán de viajar en el estómago de los devoradores. Y en general, la raza religiosa cayó en este lazo terrible, cuyos efectos no quiso analizar Balmes en su apología de la civilización cristiana.

¿A qué ocuparse de la tierra, donde se ejecuta implacable, ciego, indiscutible el arbitrio de Dios incomprensible, sin cuyo permiso no cae de la cabeza un cabello ni se mueve la hoja del árbol? Por esto el santo y sabio religioso no se ocupa de la vida esta repugnante y asquerosa, juguete de un Dios que le dirige con talante duro y fatal, haciendo sólo su voluntad, y huven con el espíritu, con la fantasía y con el anhelo al otro mundo, en donde se realizará la voluntad de los hombres, el sueño de la felicidad humana y el bien humano; el cielo, en el cual habrán desaparecido los misterios y nebulosidades de Dios, con sus injusticias y enormidades y quedará sometido a ser ejecutor de la justicia humana y de las sentencias pronunciadas por el hombre acá abajo.

La Tierra, sepulcro de las almas

Esta omnipotencia y divinización adjudicada al Mal, y la omnipotencia impuesta en el hombre por el desconocimiento de la energía humana y del progreso científico, así como por el desconocimiento de las causas del mal y de su maleabilidad, produjeron esta falsa conciencia, eje de la teoría bárbara cristiana, cuyo parentesco con el Evangelio no acierto a graduar; conciencia que estancó y arrestó el empuje científico del occidente, de igual modo que el brahmanismo paralizó el progreso científico chino por igual razón y procedimiento.

El cuadro que aquí surge a nuestra vista es tremendamente desconsolador é irritante.

Entrad en esas grandes bibliotecas,

poned en orden y tended sobre la tierra las hojas de los innumerables infolios que llenan sus estantes hasta formar sábana que envuelva el globo terráqueo; examinad y medid con el psicómetro el inmenso caudal de energía vertido allá por los poderosos genios del cristianismo, los titánicos esfuerzos de esos colosales del talento, cuyas lucubraciones dejan atónito al filósofo; esa sábana de papel es la mortaja de la tierra; es la que se coloca sobre el horizonte humano para hacer del hombre un cadáver aprisionado entre esa pantalla de papel blanco y negro como paño funeral, y la tierra que le sostiene, cerrado el cielo a toda luz de esperanza y de alivio, componiendo así la tumba de la humanidad, valle de lágrimas y de dolor.

La Reconquista de la Patria Humana y destierro de los dioses

El criterio sano está en distinguir entre el mal vencible que hay que tratar de vencer para librarnos a nosotros y a la posteridad llevando el grano de arena de nuestro trabajo a la herencia de cultura del humano linaje; y entre el mal invencible, contra el cual fuera locura luchar y al cual debemos adaptarnos lo mejor posible por no agravar el mismo mal con nuestra irritabilidad. De este modo no se dispendian inútilmente las energías ni dejan de aprovecharse las ocasiones propicias para la victoria.

Progreso vital

¿Cuáles son los males vencibles y los invencibles? La ciencia nos abre aquí el cielo de grandes esperanzas. Muchos males antes reputados como invencibles han sido vencidos. Muchas empresas para las cuales se creyó impotente el hombre, han sido realizadas. La vida está triunfando de la muerte. Cada día de vida que la ciencia recobra para los enfermos, es un día restado a la muerte. Millares de seres viven que, sin este recurso, estarían enterrados. Cada estrago que se evita, cada deformidad que se corrige, cada lesión que se cura, es el triunfo de la vida integral sobre la muerte en los órganos ó facultades afectadas. La ciencia ha hallado medios de prolongar la vida del viejo, de salvar la de muchos hijos prematuros y de enderezar muchos desvíos antes incurables.

No sólo en la cantidad de número y de duración vital ha influido la ciencia, sino que ha aumentado la intensidad vigorizando el organismo y anticipando y perfeccionando la educación, y por fin, ha ensanchado la ondulación de la vida acortando las distancias y agrandando la capacidad expansiva del hombre. Se nace antes, se muere más tarde, y los que viven, viven más intensamente; la ciencia ha aumentado la capacidad vital del espacio disminuyéndolo; y la del tiempo, prolongando la vida.

Y aun para los males inevitables la ciencia halla anestésicos para el dolor, entre los cuales debe contarse la educación robustecedora del espíritu.

El crimen de la Iglesia

Esto se ha logrado ya a pesar de la Iglesia y de los Estados, implacables enemigos de la ciencia, en solos tres siglos de renacimiento. ¿En qué grado de progreso no estaría Europa si se hubiesen aplicado a este trabajo orienta-

do en el camino de la vida los millones de talentos que se consumieron en la masturbación cerebral de divagaciones sobre la muerte, esforzándose en crear y sacar de la nada un cielo futuro que hiciese más odiosa la vida presente? Contad los millares de conventos, seminarios, catedrales, colegios y templos; contad ese inmenso ejército de cuarenta generaciones de hombres estudiosos, sumergidos en pupitres de biblioteca y en sillas de coro, forjando con vegetaciones cerebrales segundas de los nervios el paraíso fingido; imaginad el inmenso ejército de curas, frailes y monjas de esos siglos, más numeroso que las arenas del mar y que las estrellas del cielo, pasan el tiempo en disciplinarse y en mirar más allá de las estrellas; si todo ese talento, ardor, tiempo y actividad que tantos millones ha costado al pueblo, hubiesen sido aplicados a un trabajo racional y metódico, ¿no habría un palacio para cada ciudadano, no sería un vasto jardín la tierra, no estaríamos de lleno en un estado de progreso que no podemos imaginar, ya que la realidad de los descubrimientos trapasa las ficciones de las fantasías más osadas?

¿Está en bancarrota la ciencia ó el dogma?

No quiso tocar a fondo esta cuestión Balmes. El propio Brunetière, al pregonar la derrota de la Ciencia y el triunfo del Catolicismo, no quiso ver que era precisamente el catolicismo la causa del retraso científico, que sin tal rémora quizás hubiese dado ya plena solución a los problemas pendientes todavía, y en los cuales se apoyaba el filósofo francés para hacer sarcasmo de la ciencia.

Veamos ahora el crimen eclesiástico: el Dogma ó sea la huelga forzosa del pensamiento, que esto es en resumen. Creer es cerrar el paso a la duda, y por tanto a la investigación; es renegar previamente de toda nueva revelación redentora; cerrar el paso a la Verdad que viene a asaltar a los hombres.

Creer es no pensar, no discurrir, no discernir.

Dudar es preguntar, y la pregunta es principio motor de la respuesta

¿En quién, qué y cómo se ha de creer? El feligrés ha de creer en el párroco, suponiendo que éste sabe ser cierto lo que manda creer; pero el cura a la vez lo ignora y cree en el obispo suponiéndole igual ciencia, que tampoco tiene; el obispo cree en el Papa (es decir, unos creen y otros fingen creer) suponiendo que él lo sabe; y el Papa no sabe más que el obispo, que el cura y el feligrés; él cree que lo sabía su antecesor... Y ved ahí los vivos despojados del pensamiento; no necesitan pensar, bátales creer; los muertos son los que piensan dentro de los vivos, fosilizando sus cerebros. Cerebros de muertos, ideas fósiles, desvanes de trastos viejos son los cerebros católicos, trastos llenos del polvo de la ignorancia, de los siglos, carcomidos de la polilla de la superstición, escondrijos de ratones, arañas é insectos que dan por producto la ruina de la humanidad y los hedores salientes de sus nidos secretos, oscuros y cerrados a todo saneamiento.

¿Qué hemos de creer? No os devanéis

los sesos; el resumen de toda la fe y de toda la moral eclesiástica, siempre viene á parar en último resultado á este precepto:

—«Cree que lo tuyo es mío, y lo mío tuyo no. Cree que tú debes trabajar sin comer y que yo debo comer sin trabajar. Creed, albañiles, que debéis edificar el palacio Vaticano para que yo, Papa, lo llene de cachivaches y animales raros con quienes distraer mis ocios, y que vosotros debéis dormir al sereno.

Y si esto os parece injusto, criminal, impío, sacrilego y blasfemático, CREED QUE DIOS lo manda y dispone así para que no me pidáis á mí la cuenta de la iniquidad y vayáis á cobrarosla á El en su domicilio celeste, despacho de San Pedro.»

Linda manera de contraer deudas y de aceptar letras. Así lo hace el inquilino del número 28, enviando los cobradores al Señor de la casa de al lado, en donde el solar está por edificar. Y como el viaje al domicilio del Buen Dios, pagador y fiador de las trabacuentas eclesiásticas, es un viaje del cual nadie vuelve, los señores del clero duermen tranquilos... hasta que aparecen los amigos de Casandra.

La fe y el pago

No penséis: creed firmemente y pagad al contado. No os toméis el trabajo de pensar; ya pensarán los impíos para que el Papa, con vuestro dinero, pueda comprarles y gozar de sus inventos. Sed humildes ovejas sin cuidaros más que de creer, que los pastores pensarán por vosotros y sus pensamientos santificantes serán sobre el mejor modo y sazón de trasquiláros para vestirse con vuestra lana, para ordeñarlos alimentando con vuestra leche sus lindos perros; para quitaros el cordero, que llevarán al convento y para asaros vivos en la hoguera si tal es el humor pastoril, ó para dar á los perros cristianos vuestros cuerpos si se les antoja excomulgáros.

De tu vera no me aparto;
soy cura y he de sacarte
antes de morir los cuartos.

PATERNIDAD

Despacho elegante. Personajes: Ricardo, cuarenta y dos años; Amalia, treinta y ocho; Adolfo, doce.

Ricardo, sentado, leyendo un periódico. Amalia y Adolfo entran. Amalia viste traje de mañana, muy sencillo; trae la mantilla puesta y tres ó cuatro libros de oraciones en la mano. Adolfo viste un traje negro, azul oscuro. Aspecto de colegial bien reglamentado, bien peinado; trae también un libro de misa. Al entrar se arrodilla delante de su padre y le besa la mano. Amalia le contempla con satisfacción.

Adolfo.—¿Me perdonas, papá?

Ricardo.—(Tristemente afable.) ¡Hijo!... Levanta... Dame un beso... Temprano habéis salido, con lo fría que está la mañana...

Amalia.—(A Adolfo.)—Ve á tomar el desayuno... Yo voy en seguida...

Ricardo.—¿No habéis tomado nada?

Amalia.—(Severa.)—¿Qué cosas tienes!

Adolfo.—¡Papá! ¿Antes de comulgar?

Ricardo.—(Enmendándose.)—Sí, ya sé... Quise decir antes de volver á casa, en cualquier chocolatería...

Amalia.—Por media hora más ó menos... Anda, hijo mío. (Adolfo sale.)

Ricardo.—Van dos veces en quince días... ¿Es eso lo que convinimos?

Amalia.—Ya estás enfadado.—Tendremos paciencia. ¿Sabes el día que es hoy? ¿Sabes por quién hemos aplicado la comunión?

Ricardo.—Sí, lo sé todo. No me exasperes.

Amalia.—¡Jesús! ¡Dios me libre!...

¿Quiéres que tu hijo sea como tú?

Ricardo.—¿Mi hijo? Dí tuyo.

Amalia.—¿Qué cosas dices!

Ricardo.—Tuyo, sí. No tienes tú la culpa. Te dejé que lo educaras á tu gusto; nunca intervine con mi autoridad para impedirlo.

Amalia.—¿Para impedir qué? ¿Que tu hijo tenga creencias, que sea cristiano?

Ricardo.—Para impedir que llegara el caso de que mi hijo me considere con desdeñosa compasión, de que me crea un réprobo por quien hay que pedir y rezar á Dios; para impedir que hoy, al oírle, al mirarle no me conozca en él, porque no hay en él nada de mi vida, de mi pensamiento, de mi alma... Y yo que te hubiera matado mil veces si hubiera sospechado siquiera que ese hijo de mi vida y de mi sangre no lo era, he consentido un adulterio espiritual; he consentido que infundan en mi hijo un espíritu que no es el mío... Y ahora, ya tarde, lo siento con horror y reniego de mi paternidad... Y como yo, tantos padres, por indiferencia, por tolerancia, hemos dado el sér á una generación que nos llevará... ¿Quién sabe á dónde?... Sí, la culpa es nuestra; es de los que nacimos entre los tiroteos de las barricadas, de los que aprendimos con sangre y con dolor del alma lo que cuesta la libertad de espíritu y de conciencia, y porque nos creíamos libres para siempre, fuimos tolerantes... Y no contamos con que vosotros, mujeres, resucitaríais en nuestros propios hijos á los enemigos de la libertad y de la tolerancia.

Amalia.—¡Pero Ricardo, Ricardo!... ¿Te has vuelto loco? ¡Tú qui res marmel! (Rompiendo á llorar.)

Ricardo.—¡Sí, llora, llora!... Con vuestras lágrimas y vuestros rezos, gobernáis el mundo... ¡Así anda ello!

JACINTO BENAVENTE.

Chiquiya, tu eres mu loca,
por que andas siempre metia
en los conventos de monjas

Jesús símbolo

Yo, que no soy cristiano, confieso que me es altamente simpática la figura de Jesús símbolo, acaso porque nunca

con espíritu crítico la estudié y sólo con el alma soñadora de poeta la mire.

Todos estos apóstoles, caudillos ó visionarios que se rebelaron contra lo que creyeron injusto, tienen mi cariño, poseen mi admiración. Pero cuando del símbolo descendo á analizar al hombre, ya es muy otra cosa. Jesús; el nazareno, desposado como está para mí de la aureola divina, ajeno yo á sus prédicas, que reputo enervadoras y antihumanas, tiene un lunar en su vida que afea su historia. (Conste aquí que no voy á pronunciar herejías, sino como exégeta escrupuloso á interpretar los evangelios.) Estos, nada dicen de que Jesús amara jamás con ese amor humano que se diviniza al abrasar el corazón cuyos diábolos repercuten en otro de mujer anhelosa de forjar vidas nuevas y goza al endulzar las creídas. Jesús no amó. La Biblia nos habla del inmenso amor que le profesó la castellana de Magdalo, pero no dice que él la alentara. Por eso Jesús, para nosotros los soñadores, es un paréntesis triste entre las noéticas figuras de María, su madre, y Magdalena, su amadora. ¡Cuán bello hubiera sido el duetto de estos amores impecables, si hubiera llegado á trilogía con la mirada de un niño que afianzara la extirpe y alentara al mártir!...

Acaso diréis que desvarío, quizá que blasfemo; ya os advertí al comenzar que miraba á Jesús como á un apóstol, como á un mártir á través de la lente del poeta, del soñador; por eso me creo dentro del terreno que me he trazado en estos apuntes, que me arranca la visión farandulesca de los días de Semana Santa en que la hipocresía anda suelta y la farsa es moda...

Es esta una opinión particularísima de quien, no estando conforme con la doctrina ama al símbolo que la encarnó, admira al apóstol que la difundió y venera la memoria del mártir que, reputándola excelente, la selló con su sangre generosa, sangre que al haberse transmitido á otras arterias en los espasmos del amor y traspasado á otras civilizaciones á través de edades más justas, si no un paraíso genésico, hubiera hecho de la Tierra un vergel donde las flores de Justicia, Bondad y Belleza tuvieran honda raigambre...

ANGEL MACÍAS RODRÍGUEZ

Arévalo.

EL TORMENTO EN LOS CONVENTOS

POR

FRAY GERUNDIO

Con prólogo de José Ferrándiz y epílogo de José Nakens.

PRECIO: UNA PESETA

A los suscriptores y correspondientes a EL MOTIN se les rebajará el 25 por 100.

Se enviará además 25 céntimos para el certificado.

EL PURGATORIO

Es un dogma *consolador*, dice la Iglesia, y yo añado: y el más productivo de todos los dogmas. Y puesto que nuestra santa madre quiere que pensemos mucho durante el mes de Noviembre en la muerte, oigamos sus consejos, y no dejemos pasar el mes sin reflexionar un poco sobre el enigma eterno que se esconde tras la muerte.

Es digno de tenerse en cuenta que mientras todas las religiones antiguas en sus mitos y leyendas hablan de la vida futura, y citan en sus libros numerosos pasajes referentes a esta materia, los judíos, precursores de nuestro cristianismo, no tienen en sus libros sagrados ninguna alusión a punto tan importante.

En el *Shasta*, libro que se escribió tres mil años antes de la venida de Cristo, ya se habla de los ángeles rebeldes condenados a estar mil en el purgatorio. Los egipcios y los griegos reconocían la vida futura también, y los romanos, con sus Campos Elíseos y el Averno, secundaban esta creencia. Virgilio, en el sexto libro de la *Eneida*, escribe: «Se ven esos espíritus puros agitarse en los aires a la merced del viento, ó ahogados en las aguas ó quemados en las llamas; de este modo las almas se limpian y purifican.» El Papa Gregorio, llama lo el *Grande*, aceptó completa esta teoría de Virgilio, como puede verse en sus *Decálogos*. A pesar de todo esto, la Iglesia primitiva consideraba como herejes a los que admitían la existencia del Purgatorio; condenaba a los simoníacos que establecían que las almas podían purgarse, y San Agustín anatematizó a los discípulos de Orígenes que sostenían este aserto.

Los judíos, en cambio, estaban completamente ayunos de este dogma; hasta poco antes de Cristo no surgió Gamaliel con su vida futura y su resurrección, aunque en forma grosera. Los saduceos, que se jactan de haber conservado la ley y las tradiciones mosaicas en toda su pureza, no creían en la vida futura ni en la resurrección, lo cual no era obstáculo para que fuesen sacerdotes y hasta llegasen al supremo pontificado, como asegura Bossuet en su *Discurso sobre la Historia Universal*.

¿Qué indica esto? Que entre los judíos, la idea de la vida futura no tenía prosélitos, ni valor alguno, y que la inmensa mayoría no tenía de ella la noción más remota. Y se explica fácilmente que esto fuera así. Antes de morir Moisés reunió al pueblo de Israel ante sí y le dice: «Si escuchas la voz del Señor, y guardas sus mandamientos, el Señor te elevará sobre todos los pueblos, etc...», y sigue enumerando a la larga todas las ventajas *materiales* que Israel sacará de su religiosidad, y todos los males *materiales* que se acarrearía si no cumplía la ley de Dios. En aquel extenso relato no se habla nada de cielo, ni de gloria, ni de llamas, ni de infierno. El dios hebreo no da más sanción a su ley que buenas cosechas ó pestes y enfermedades.

Si el hombre, según la Iglesia, ha sido criado para servir a Dios y gozar de él después en la otra vida, ¿cómo el Señor, que habla con Moisés y con su pueblo predilecto, y descendiendo a nimiedades

ales como señalar el color y la medida de las cortinas del templo, no dice una sola palabra de la existencia de ultratumba donde fueran restablecidos los derechos de la justicia, y la virtud humillada y perseguida recompensada? Sus promesas y sus amenazas no se estienden una línea más sobre la tierra y la vida presente. Habla y perora como una divinidad materialista y sensual en su moral.

Los judíos no han tenido nunca más que un dogma fundamental é invariable: la unidad de Dios. Las demás creencias eran tan confusas como variadas. Para muchos de ellos el alma estaba en la sangre, y la confundían con ella. Salomón con toda su sabiduría afirma: «que todo ha sido hecho del polvo y vuelve al polvo, y que los vivos saben que morirán, pero los muertos no saben nada.» Epicuro no ha dicho tanto.

El origen del purgatorio se atribuye a los frailes; pero es indudable que antes de los frailes el sacerdocio católico ya calentaba sus ollas en el fuego del purgatorio. San Obilón, abad de Cluny, y el papa Juan XVII dieron forma en el siglo X a lo que ya se mascaba en el ambiente eclesiástico.

Mientras solo existió el cielo para el justo, y el infierno para el pecador, el influjo de la Iglesia se limitaba sólo a la vida mortal de sus fieles. Con la muerte se emancipaban de su tutela, y esto no podía ser. El justo en el cielo no necesitaba a la Iglesia para nada; el condenado en el infierno ya no podía salir de allí. La fuente de los sufragios quedaba cegada, y por tanto abolidos los ingresos. Fue preciso para vivir inventar un lugar intermedio, que no fuese gloria, ni infierno, del cual se pudiera salir, y sus tormentos mitigarse, en virtud de la voluntad de la Iglesia. ¿En virtud de que facultades? La Iglesia responde: «Porque Cristo me dijo: lo que desataras sobre la tierra, será desatado en los cielos, etc...» Y los herejes respondían: «Cristo especificó que *sobre la tierra*, y el muerto ya no está sobre ella.» Y la Iglesia redarguía: «Por el mero hecho de estar bautizado, mi tutela le sigue a través de la muerte.» Con este criterio, no había discusión posible. Se le pidieron los consabidos é inevitables poderes escriturarios en que fundaba su purgatorio, y enseguida surgió el texto sagrado, y no del nuevo testamento, sino del viejo. Fue este un pasaje del segundo libro de los *Macabeos*. Digamos de pasada que los judíos no reconocen esos libros como canónicos, que Orígenes y San Jerónimo los rechazaron, lo mismo que San Anastasio, San Cirilo, y San Hilario, y el concilio de Laodicea, celebrado en 367, y que tampoco los admiten los protestantes. En ese libro citado, cap. XII, versículos 40 y 43, está la piedra bíblica en que la Iglesia ha fabricado su purgatorio, por que Judas Macabeo envió a Jerusalén doce mil dracmas de plata, fruto de una colecta, para que los muertos fuesen redimidos de sus pecados, ó sea, salieran del purgatorio. Como se ve, el purgatorio desde su origen, ya produjo algo.

Sin embargo, los críticos están unánimes en rechazar el libro de los *Macabeos*, fundados en estos *pequeños* absurdos y contradicciones, de que está lleno este escrito.

Que Alejandro, antes de morir, llamó

a sus amigos y repartió entre ellos su reino. Esto es falso.

Que Antioeo Epifanio se retiró herido a Babilonia por no haber podido tomar a Elimais; que se metió en cama y murió de tristeza.

Y en otro sitio dice que Antioeo Epifanio no fué a tomar a Elimais, sino a Persépolis, que cayó de su carro, recibió una herida incurable y murió comido por los gusanos.

En otra parte lo mata de otro modo, diciendo que murió apedreado en el templo de Nauco.

Este mismo autor, *inspirado por Dios*, afirma que los romanos habían conquistado la Galacia, lo cual aconteció cien años después de escrito el libro. Y que elegían todos los años un jefe en el Senado, ignoran lo que en Roma había siempre dos cónsules.

Pero el concilio de Trento admitió, santificó y consagró todas estas barbaridades por salvar el texto favorable al purgatorio, texto que ha trasladado a su liturgia.

Ha aquí en lo que descansa la piedra angular del purgatorio, al que se va por una nimiedad (un monje estuvo mil años por no haber inclinado la cabeza al *Gloria Patri*), y del que sólo nos sacan las indulgencias, las misas y los sufragios, que la Iglesia no concede gratis a nadie y eso que podía hacer una obra de caridad tan grande como liberar a tantas almas como hay en aquella mansión. Note bien el lector que el fuego del purgatorio es el mismo que el del infierno, aunque no eterno como aquél, y que las almas *se queman* a pesar de carecer de la envoltura corporal. ¿Y dónde está el purgatorio? ¡Ah! Sobre eso no se han puesto de acuerdo los doctores ni los teólogos. Si en él hay fuego, estará en algún sitio material; pero todavía no se ha descubierto.

Lo importante es que deposites muchas monedas en el cepillo de las ánimas para que el cura se regodee a tu costa.

FRAY GERUNDIO

Dile a tu mare que caye,
que si yo apano relojes,
eya tiene un hijo fraile.

EL HONRADO GREMIO DE RATEROS

—Oiga usted; yo soy ratero, me dedico al hurto de pañuelos y portamonedas de señora, y vengo a que usted, periodista, proteste en nombre mío y en nombre de mis compañeros contra la actitud que con respecto a nosotros han adoptado los polizontes, *guind's*, *gill's* ó *guindillas*—como usted los quiera llamar.—No nos dejan vivir; cuando no le tienen a uno cumpliendo *quincena* con prórroga, le dan los tres avisos, y al chiquero, antes de que uno tenga tiempo para nada.

Y es lo que yo digo: nosotros no afanamos en grande como otros, y nosotros pasamos hambre y miseria y encarcelamientos y otros fieros males, en tanto que los del *entierro* y congéneres viven como príncipes, triunfan y andan libres y sin temor, dispuestos a darle un timo al lucero del alba que pase por

la Puerta del Sol ó la calle de Alcalá. ¡Le digo á usted que en Madrid no se puede vivir como no tenga uno padrino de valía!

Usted verá: ¿que yo *apando* un pañuelo? Me apropincuan *quincena*. ¿Qué uno de esos roba una alfiler, ó una cartera o un cronómetro? Se queda con el objeto si la víctima es un alma de Dios; pero si tiene influencia ó es un personaje, ya sabe usted lo que pasa: el *Fulano* recibe un recadito, así sobre poco más ó menos: «Sé que te has encontrado (aquí el nombre del objeto) su dueño es don Fulano de Tal que vive en tal parte.» Y aquel mismo día el robado recibe en su casa la prenda perdida.

¿Quiere usted más? Pues oiga: A D..., médico forense, le robaron un día el reloj por la mañana; á la tarde, hallándose en el Juzgado, refirió lo que le había sucedido, y un sujeto que había ido á declarar como testigo en un proceso por lesiones, lo llamó aparte y le dijo: «Usted curó muy bien á mi hermano en tal ocasión; esta noche á las nueve acuda usted al café de Varela y le entregaré á usted su reloj; ya diré á los compañeros que á usted ¡ni tocarle el pelo de la ropa!» Efectivamente, ocurrió así. El protector del médico era un simpático muchacho, decididor y elegante, hijo de un gran poeta cuyos versos se los saben de memoria todos los españoles que hayan estado alguna vez enamorados.

Y yo protesto, sí; yo protesto de que los peces gordos se escapan de todas las redadas, mientras que nosotros caemos irremisiblemente ¡a veces por un pañuelo de bolsillo!...

Este muchacho fino, largo, sabandijesco, si ustedes aceptan tal palabra, me decía tales razones con honda tristeza, protestando contra la irritante desigualdad social que absuelve á los grandes y condena á los pequeños.

¿Tiene razón?... Yo, por consolarle, le repetí las palabras del filósofo insigne: «La vida es perpetua carnicería en donde los seres se devoran entre sí; es forzoso, es ineludible elegir entre ser devorador ó devorado; los segundos se llaman tontos, mártires, buenos, ¡pero son comidos!; los primeros se llaman algunas veces ladrones, asesinos otras... ¡pero comen! Elegir.»

J. M. A.

Disen que no vales ná,
curita de mis entrañas,
y disen una verdad.

El catolicismo

¿es la civilización?

Si el catolicismo fuese la civilización, la fe católica debería progresar al paso que la civilización progresa.

Veamos si es cierto.

La palanca más poderosa de la civilización presente es la imprenta. ¿Se in-

ventó ésta por inspiración del Espíritu Santo?—No.—¿Cuál fué el primer resultado de este invento, por medio del cual la ciencia pudo salir de los conventos y hacerse más general?—La Reforma protestante, que hizo separarse del catolicismo la mitad de Europa.

¿Decretó algún Concilio que la tierra es redonda, que se mueve y que no es más que un globo de infinitas tierras?—No.—¿Cómo trató á los que aseguraron que «ello era cierto»?—Declarando loco á Cristóbal Colón, encerrando en un calabozo á Galileo y quemando vivo á Jordano Bruno.

¿Abolió la Iglesia la esclavitud?—No. Por el contrario, la extendió á las Américas.

¿A qué se deben los inmensos progresos de la producción en estos últimos cincuenta años?—Al vapor y al ferrocarril.—¿Lo inventó la Santísima Trinidad?—No.

¿Cómo estaba Europa cuando nadie dudaba de que la religión católica era la verdadera?—Tan atrasada y tan bárbara como se hallan las naciones asiáticas.

Los escritores católicos establecerán las teorías que quieran: el hecho claro y positivo de que la civilización no puede marchar sino arrinconando la fe, es innegable. Ni puede ser de otro modo; porque hacer creer á los pueblos que á Dios se le adora comiendo pescado (supongamos que existiese tal Dios) y que un hombre hace tomar cuerpo y venir á sus manos al infinito Dios para tragárselo, lejos de civilizar, embrutece á la humanidad.

¿Es un progreso haber suprimido la Inquisición?—Sí.

¿Es un progreso la tolerancia de cultos?—Sí.

¿Pues qué otra cosa quiere decir eso, sino que la fe se anula á medida que la civilización avanza?

V. U.

La rebelión del fastidio

Alzó Luzbel la varonil cabeza
y de hito en hito, desdeñosamente
contemplando á su Dios, irreverente,
con ira pronunció:—¡No más flaqueza!

Indigna es de mi amor esa grandeza,
que en sí misma se goza únicamente;
postrado ante tus pies eternamente
no he de vivir en celestial pereza.

Tu omnipotencia es bárbaro egoísmo,
cual nuestra sumisión á tu gobierno
es vil y degradante servilismo.

A esta existencia de fastidio eterno,
á este cielo tan lleno de ti mismo,
prefiero los horrores del infierno.

VICENTE COLORADO

LA AMBICIÓN de los directores de pueblo

Los pueblos hacen las revoluciones
y los leaders las arovechan: es que la

humanidad aún no se emancipa de la idolatría.

Con el mismo fervor con que ayer se arrodillaba ante grotescas divinidades de piedra, hoy se arrodilla ante los ambiciosos que se disfrazan de héroes ó salvadores de pueblos, para explotar la superstición que en las conciencias se agita y las enerva y las envilece.

La humanidad todavía no aprende á juzgar con desconfianza á los que se erigen en sus directores. La seducen los arrojos del héroe ó la serena majestad del salvador, y principia por amarlos y acaba por adorarlos, permitiendo que uno ó el otro, ó ambos á la vez, le marquen derroteros y la conduzcan en la eterna marcha que es condición indispensable de la vida.

La humanidad renuncia así á la libertad de pensamiento y de acción y se entrega al capricho de sus directores que, humanos al fin, se envanecen con la admiración que se les tiene, el culto que se les rinde, el vasallaje que á sus pies se hinoja.

Acaban por considerarse super-hombres, muy por encima de las mezquindades que bullen allá abajo, en el mundo de los pequeños, y rompen la cadena de la solidaridad que ayer parecía unirlos al pueblo que los engrandeció. Cuando disfrazados de héroes ó salvadores necesitaron de las masas para escalar las alturas que ambicionaban, hubieron de simular que defendían los derechos de aquellos cuyo apoyo les era indispensable. Ya adueñados del poder, con cada día que pasa se les dificulta más y más representar la comedia de la mancomunidad de intereses entre ellos y sus gobernados, y los criterios menos entenebrecidos principian á descubrir el engaño y á reprobear la traición.

Sin embargo, el esfuerzo de los pueblos sugestionables y confiados, siguiéndoles de pedestal á los ambiciosos que indefectiblemente han de convertirse en opresores de los mismos que los hicieron grandes y poderosos, hasta que el hombre nuevo, libre de los prejuicios que privan en esta época, ajeno á supersticiones que empuñan, se abstenga de seguir maquinalmente á los llamados directores, héroes ó salvadores de pueblos, y se convierta en el director de sí mismo, el héroe de sí mismo, el salvador de sí mismo.

El hombre nuevo recelará, naturalmente, de los que pretendan avocarse la dirección de los destinos humanos y les pondrá trabas en sus empresas de encumbramiento.

Que los que quieran luchar por el progreso y la libertad, lo hagan en buena hora; pero que no se les tolere implantar nuevos despotismos; que no se les permita que en pago á sus servicios tiranicen á los pueblos que pretendieron liberar.

ANTONIO I. VILLARREAL

Méjico.

(FOLLETÓN 77.)

LA MONARQUÍA ESPAÑOLA

POR
OFFENBACH

del precio del pan, aun el consumo de pan da allí la medida de la prosperidad ó bienestar del pueblo, cosa, como sabe el lector, ya muy pasada en los países más civilizados, en los que la medida de dicho bienestar la da el consumo de azúcar. Y, aunque cuanto se relaciona con la alimentación de un pueblo es de capital importancia, esto allí, en aquella monarquía, está, más que desatendido, contrariado, lo mismo que hemos dicho en otro capítulo del aumento y mejoramiento de la población del reino. Así, aquellos habitantes pagan el azúcar, fabricado en su propio país, á precio cuádruple del coste que tiene; y cuando no hay pueblo civilizado medianamente próspero que no consuma anualmente azúcar á razón de doce, quince, y veinte y más kilogramos por cabeza, el español no llega á consumir ni cinco.

Pero los señores del reino no saben ni quieren saber del azúcar más que lo que á ellos directa é inmediatamente les importa; que es un artículo imponible, del que el tesoro puede sacar con facilidad unos cuantos millones. Y, sin embargo, el papel que hace y la influencia que tiene el azúcar en la economía del cuerpo humano son importantísimos.

CAPÍTULO XLIV

QUE ORDINAL Y LÓGICAMENTE SIGUE
AL ANTERIOR

Sea como sea, el estado notoriamente morboso de la monarquía española constitúyela, por otra parte, como sucede con frecuencia en estos casos, é individualmente se observa mejor en las mujeres, en una personalidad interesante y aún simpática. Así, aunque digna de ser llamada «la Parrala», por aquello que dicen en Sevilla de: «eres como la Parrala, cuanto más vieja más mala», es verdad también que ofrece á la contemplación y consideración del extranjero multitud y variedad de rasgos curiosísimos, algunos de los cuales no hay que negar que hasta son ó parecen seductores. Pudiéramos, en fin, muy bien imaginárnosla personificada en una de sus antiguas

manolas, hoy chulas, que al andar llevan naturalmente erguida la cabeza, y, al fijarse en alguien ó algo, la yerguen todavía más sin afectación, inclinándola de un lado un poco con sin igual donaire. Esto de ordinario, cuando van con el traje propio de su clase; porque también saben cambiar de aspecto y postura de tal modo que, vestida de señora, la guapísima y arrogante chula llega á transformarse en recatada y agradadísima hija de familia, abandonando por completo aquel erguir y gallear de la cabeza, la que, al contrario, lleva entonces algo baja, mientras que un modoso y casi tímido mirar viene á sustituir al juego franco y picaresco que los grandes y abiertos ojos tenían antes generalmente. Y no hay que decir lo que haya de esperarse de una criatura así, que, por su belleza y por la condición de la gente entre que vive, no ha de oír en todo el día más que piñantes historietas é intencionados piropos, ni ver á su alrededor sino enamorados, más bien codiciosos, de sus atractivos.

Veremos si una de esas mujeres tan prontas de imaginación como de genio, que, aun cuando enemigas, incapaces tal vez de pensar en nada serio ni un minuto, muestran una gran disposición para cualquier labor ó habilidad propias del sexo, y, acabadas de salir del barrio más macareno de la monarquía, burlonas y despreciativas de toda costumbre ó traje señorito, hasta reirse infantilmente cuando un sombrero de copalta cae entre sus manos (por lo que les da ganas de hacer en él), sin embargo, con la primera cinta ó flor de trapo que encuentran, saben adornar, ó de un par de achuchones volver airoso y moderno un sombrero antiguo tan bien como en la tienda ó en el mismo taller de una modista.

De baile y canto no hablemos. Suelen esas mujeres ser bailadoras de fama entre su gente, de finísimo oído y memoria prodigiosa para el canto, aprendiendo rápidamente cuanto oyen de música ligera y cantándolo con gracia especial y voz sonora, vibrante y fresca, que nadie podría imaginarse que se haya entonado jamás con aguardiente, ni que nunca se haya dejado escuchar en las tabernas. Mujeres que, cuando no hablan, cantan, y si están de mal humor, todavía cantan más y con más bríos, sin hacerse por eso desagradables á los vecinos, los cuales, cuando ellas se mudan de casa, llegan á preguntar por «la joven que

cantaba tan bien», como podrían preguntar por la suerte de algún alegre jilguero que de pronto hubiese enmudecido.

Por otra parte, bravuconas del vicio, á lo mejor se les oye decir gitanescamente: «si se ponen en fila los amantes que yo he tenido, llegan á las puertas del cielo y hablan con San Pedro», expresiones, esta y otras por el estilo, que no suenan en su boca tan mal como debían, porque á tal punto poseen esas mujeres el don de quitar crudeza á lo grosero y hacer disculpable á lo atrevido, lo cual también se observa en sus maneras, siempre de cierta finura ó mucha gracia, que puede decirse de su desenvoltura que es una *desenvoltura decorosa*.

Por lo demás, á tales criaturas se las ve llenas de desprendimiento, de bondad y aun de abnegación para con todo el mundo, para con todo... menos para con los suyos, con sus allegados, cuya *desdicha* parece que con cara, y con aire y con sonrisas angelicales, están destinadas á labrar. Así es que no sabe uno si llamarlas *desgraciadas*, porque la verdad es que hacen lo que les da la gana y gozan á su manera. Lo cierto parece que lo que tengan de complacientes ó bondadosas será síntoma ó señal, acaso un germen, de redención posible en lo futuro, pero no quita ni atenúa nada de su depravación actual, una depravación que, aun cuando la mayor parte de las veces sea morbosa, no deja quizá de tener mucho de consciente y voluntaria. Porque, aun en el caso de locura moral, hay que tener en cuenta que hay quien se embriaga con la locura como hay quien enloquece con el alcohol.

Sí: hay ó puede haber quien provoque ó placenteramente acepte una especie de intoxicación neurótica, para todos menos para sí mismo disimulada, por la que gradualmente vaya cayendo en cierto estado fisiológico ó patológico en que presienta ó sepa que ha de satisfacer mejor una afición, una pasión, un vicio. Pues ¿qué? ¿No hay quien, sabiendo que va á sufrir un ataque enajenación que hará peligrar la vida de seres queridos, previene á éstos? ¿Pues qué? ¿No sabemos todos, ya para unas cosas, ya para otras, buenas ó malas, pero que nos interesan, elegir ó instintiva ó reflexivamente el estado ó momento fisiológico más propicio? Pues ¿por qué no ha de